

NOCHE

La noche es el mejor momento para los que son como yo. Cuando salgo a las calles, la gente corriente ya lleva tiempo dormida en sus calientes y mullidas camas. Ni siquiera los viejos borrachos, que han trasnochado para beber, se atreven a aventurarse por la impenetrable oscuridad de la ciudad y prefieren no salir de las tabernas.

La noche. El silencio. Sólo el vacío eco de los pasos de la patrulla municipal, que rebota en los muros de las casas viejas y avanza ondulante a lo largo de las sombrías calles de Avendoom, muertas y vacías hasta la llegada de la mañana.

Esa noche los soldados avanzaban apresuradamente. En los callejones más oscuros, echaban a correr. No me costaba mucho entender cómo se sentían esos valerosos servidores de la ley: no, no eran hombres a lo que temían. Los defensores del orden público darían buena cuenta con sus hachas de cualquier loco que cometiera la imprudencia de atacarlos. Lo que temían era otra cosa. Había otros seres que acechaban en las sombras de los edificios de piedra. Criaturas que salían reptando a cielo abierto en esa hora difícil en busca de presas nocturnas. Y que Sagot ayudase a los hombres de la guardia si esas bestias viles estaban demasiado hambrientas.

Las sombras de la noche son un refugio para todos: para las buenas gentes de la ciudad, que se ocultan temerosas de hombres peligrosos; para los rateros, cuyo único deseo es limpiar lo antes posible las bolsas de los ciudadanos respetables; para los ladrones, que aguardan a que se presente la ocasión de hacer uso de sus cuchillos y, claro está, para los demonios que vivían en esas

oscuras sombras y que se cebaban con igual satisfacción de los buenos ciudadanos, los rateros y los ladrones.

Por suerte, aún no me había encontrado con ninguno de los demonios que habían aparecido en la oscuridad desde que el Sin Nombre comenzara a agitarse de nuevo, tras siglos de calma en las Tierras Desoladas. Por eso seguía vivo.

Poco después de pasar junto a mí, las pisadas de los guardias se perdieron en el silencio de la siguiente calle.

Por orden del barón Frago Lanten, jefe de la Guardia Municipal de Avendoom, se había triplicado la fuerza de todas las patrullas. Se rumoreaba que el artefacto que había mantenido hasta entonces prisionero al Sin Nombre en las Tierras Desoladas estaba debilitándose y el enemigo no tardaría en irrumpir de nuevo en nuestro mundo desde el gélido desierto cubierto de nieves perpetuas en el que moraba. Se avecinaba una guerra, por mucho que se empeñaran en negarlo la Orden de los Hechiceros y todos los sacerdotes. Era sólo cuestión de tiempo. Seis meses, o quizá un año, y entonces todas las cosas que nos asustaban cuando éramos niños caerían sobre nosotros. El Sin Nombre reuniría un ejército y nos acometería desde más allá de las Agujas de Hielo. El horror comenzaría... Incluso en la capital te cruzabas a veces con algún devoto del Sin Nombre. Y no estaba nada seguro de que los Corazones Salvajes de la fortaleza del Gigante Solitario pudieran contener a las hordas de ogros y gigantes...

Una vez más, había pasado inadvertido. Tenía que dar las gracias a las sombras de la noche. La sombra era mi socia, mi amante y mi compañera. Me ocultaba en su interior, vivía en ella y era la única que siempre estaba lista para resguardarme, para protegerme de las flechas, de las espadas que destellan funestas a la luz de la luna y de los ojos dorados y sedientos de sangre de los demonios. Nadie más se preocupaba por Harold... salvo quizá el hermano For.

«La sombra es hermana de la oscuridad», decía el hermano For, el buen sacerdote de Sagot. «Y donde está la oscuridad, el Sin Nombre nunca anda muy lejos.»

¡Menuda tontería! ¿El Sin Nombre y la sombra? Eran cosas completamente diferentes. Es como comparar un gigante y un ogro. La sombra es vida, libertad, dinero y reputación. Bien lo sabía Harold *el Sombra*. Para que aparezca una sombra, debe existir como mínimo una partícula de luz, y compararla con la

oscuridad era, en el mejor de los casos, una necesidad. Pero, como es natural, esto nunca se lo dije a mi antiguo maestro. No se le dice a la abuela de uno que se vaya a freír espárragos.

Reinaba el silencio. Reinaba un silencio tan completo que se oía a las polillas combatir el frío de la noche agitando sus frágiles alas. Hacía un buen rato que la patrulla había pasado junto a mí y ya iba siendo hora de continuar con mi trabajo pero, por alguna razón, esa noche me sentía especialmente cauteloso... Una especie de premonición me hacía continuar oculto contra el muro de un edificio sumido en las tinieblas.

No había ningún sonido sospechoso en la estrecha callejuela formada por viejas casas de piedra que pudiera recordar a los viejos Tiempos Silenciosos. Nada salvo el chirrido del cartel de latón pintado de la pastelería, mecido por la suave brisa. La neblina lenta y grisáceo-amarillenta por la que era famosa nuestra capital cubría densa las piedras irregulares del pavimento, desconchadas y desgastadas por las ruedas de los carromatos. Decía que la creó un hechicero poco preparado en un pasado lejano. Pero el caso es que, desde entonces, ninguno de los archimagos del reino había podido librar a la ciudad de las consecuencias de esta broma inocente.

El silencio me alarmaba. El único lugar más silencioso que podría existir es el mausoleo de un hombre rico tras la visita de una de las bandas de rateros de la ciudad.

El cartel chirriaba, la suave brisa se arremolinaba alegremente y las nubes flotaban lánguidas en el cielo nocturno. Pero yo permanecí allí, fundido con la sombra del edificio, tratando de no mover ni un músculo. Mi intuición y mi experiencia me obligaban a escuchar el silencio de la ciudad dormida. Ninguna calle, ni siquiera la más desierta del mundo, podía estar tan silenciosa como aquélla.

Debería haber ruidos en la noche. Ratas que escarban entre la basura. Algún borracho dormido junto a ellas, con los bolsillos vaciados por ladrones, que ya están ocultándose para pasar la noche en algún escondrijo oscuro y angosto. El eco de los ronquidos procedentes de las ventanas de las casas grises. Un chucho infecto que husmea en la oscuridad. La pesada respiración de un ladronzuelo novato que espera a su víctima, aferrando el puñal con mano sudorosa por los nervios. Los sonidos procedentes de las tiendas y de los talleres, en los que incluso de noche conti-

núa el laborioso trabajo. Pero no había nada de todo esto en la callejuela revestida de bruma. Tan sólo silencio, penumbra y una atmósfera de peligro cada vez más densa.

El viento despreocupado y alegre me desordenó afectuosamente el cabello, pero no me atreví a ponerme la capucha. Fue como si una mano insistente me contuviera.

«¡Sagot! ¿Qué está pasando en esta tranquila callejuela de artesanos?»

En respuesta a mi plegaria, pareció que el dios de todos los ladrones me aguzara el oído.

Pisadas. Unas pisadas apresuradas que ni los espumarajos amarillentos de la niebla habían conseguido amortiguar. En un recoveco del muro de la casa del otro lado, atisé un parpadeo momentáneo de oscuridad.

¿Había decidido alguien más ocultarse allí?

Escudriñé la negrura de la noche. No. Me lo había imaginado. Estaba tan nervioso que imaginaba amenazas inexistentes. Debía de estar envejeciendo.

Mientras tanto, las pisadas se fueron haciendo cada vez más ruidosas. Los sonidos llegaban de la calle en la que la patrulla municipal había doblado la esquina sólo un momento antes. Paralizado, traté de fundirme aún más con las sombras mientras el fantasma del peligro revoloteaba indolentemente sobre mi cabeza.

Un hombre dobló el recodo a paso vivo, casi corriendo, y se dirigió en línea recta hacia mí. Tenía que ser un idiota o un valiente para vagar solo en la oscuridad. Más probablemente lo primero. Los hombres valientes no viven mucho tiempo en nuestro mundo. Pero claro, los idiotas tampoco, a menos que trabajen como bufones para nuestro glorioso rey.

El desconocido se aproximaba. Alto y bien vestido, de aspecto incluso adinerado, su mano descansaba sobre la empuñadura de una espada de bastante calidad.

Una vez más, las nubes volvieron a cruzar el cielo y a cubrir las estrellas, y la oscuridad, que ya era total, se volvió absolutamente impenetrable. Ni siquiera cuando lo tuve a mi lado pude reconocer las facciones del desconocido, a pesar de que estaba tan cerca que, de haber querido, podría haber extendido la mano para arrebatarse la abultada bolsa que llevaba al cinto. Pero no soy un ratero de poca monta. Nunca me rebajaría a eso. Los impetuosos años de mi juventud habían quedado atrás hacía tiempo y, en cualquier caso,

el instinto ya me había indicado que no era el momento de mover un solo músculo, ni siquiera de respirar con demasiada fuerza.

En el hueco del otro lado de la calle, la oscuridad comenzó a arremolinarse de manera caótica y a congregarse formando una tenebrosa flor de muerte. Un terror frío como el hielo me dejó literalmente paralizado en el sitio. De la oscuridad brotó la Oscuridad en forma de demonio, un demonio alado, con un cráneo astado por cabeza, que cayó sobre su víctima como una avalancha de las montañas de los Enanos y lo dejó inmovilizado contra el suelo con su prodigioso peso.

El hombre chilló como un gato herido y, en vano, buscó a tientas la espada, tratando de desenvainarla, pero la Oscuridad estrujó al nocturno paseante, lo envolvió y lo devoró, y la criatura, fuera lo que fuese, alzó el vuelo y se alejó llevándose su carne fresca y puede que también su alma. Yo me dejé caer lentamente por el muro, mientras trataba de calmar mi respiración. Mi corazón palpitaba como un loco.

El demonio no me había visto, a pesar de que había estado frente a él todo el rato. Si hubiese hecho el menor movimiento... Incluso si hubiera respirado con un poco más de fuerza... habría sido yo su presa.

Había tenido suerte. Una vez más, había tenido mucha suerte. La suerte de un ladrón es una furcia voluble, puede darle la espalda en cualquier momento, pero mientras siguiera conmigo, pensaba seguir ejerciendo mi oficio.

En un oscuro rincón del edificio contiguo chilló una rata, seguida por otra. Por el cielo pasó un murciélago, cazando las últimas polillas de junio. El peligro había pasado y podía seguir mi camino. Me separé del muro y eché a andar, tratando de no alejarme de las secciones más oscuras de la calle.

Con pasos rápidos, pero sin hacer ruido alguno con las botas, corrí de edificio en edificio, de sombra en sombra. Dejé tras de mí la vía de los Panaderos y cogí el callejón de la derecha. La niebla, más densa en aquel lugar, me dio la bienvenida con el suave abrazo de sus húmedas y frías garras, que amortiguaron mis pasos y me ocultaron a todos los ojos, tanto humanos como no humanos.

La oscura callejuela llegó a su fin y los oscuros y amenazantes muros de las casas, que tantas alegrías y tantos pesares habían presenciado en esta vida, se abrieron de repente. El viento dis-

persó las nubes y el cielo se transformó en un mantel sobre el que un hombre adinerado había arrojado un puñado de brillantes monedas. Cientos, miles de estrellas me guiñaron el ojo en aquella fría noche de verano.

En la plaza de Grok había alguna que otra lámpara encendida. A fin de cuentas es una de las plazas más importantes y los faroleros, por mucho miedo que tuvieran, tenían que hacer su trabajo. Atrapadas en sus armaduras de cristal, las llamas emitían una mota de luz parpadeante a su alrededor y unas sombras caóticas bailaban silenciosamente sobre los muros de los sombríos edificios.

Habría preferido que el viento volviera a cubrir el firmamento con su rebaño de grises y algodonosas ovejas, pero de momento tendría que conformarme con caminar por las sombras, pegado a los muros de las altas casas. Sólo que las sombras, por culpa de la abundancia de luz en aquel lugar, se habían vuelto pálidas y tímidas.

El propio Grok me miraba mudo, con aquellos ojos que todo lo veían. Creo que era un general que salvó nuestro reino de una invasión de orcos, o un consejero real de los días antiguos. Y allí, justo detrás del plinto de su pedestal, se encontraba el objetivo de mi expedición nocturna. Una casa de grandes dimensiones, rodeada por un muro almenado, construido con inmensos sillares de piedra tallados en las montañas de los Enanos en los tiempos en que aquella raza aún estaba en términos amistosos con nuestro reino. En mi opinión se trataba de un edificio de un mal gusto espantoso, pero no creía que al duque real Patina, su morador, le interesara demasiado mi parecer. Un primo del rey, y por añadidura responsable de la tesorería, es un pez muy gordo, por lo que la gente tiende a ignorar su falta de buen gusto en materia arquitectónica.

El rey toleraba los demás caprichos de su pariente. Los aristócratas ricos pueden hacer casi todo lo que se les antoje. Pero se rumoreaba que, hacía poco, había descubierto que había desaparecido cierta cantidad de dinero de la tesorería. Y eso quería decir que iban a rodar cabezas, puesto que si algo no le gustaba a su majestad eran los individuos que gastaban los dineros del reino con demasiada liberalidad. Por mi parte, ningún problema, un ricachón menos.

El muro que rodeaba la casa estaba coronado a cada extremo por una torre de pináculo truncado. En la de la izquierda había

un portalón de unos veinte pies de anchura, con unas gruesas puertas de madera revestidas por una estructura de hierro. Cuatro jinetes podrían franquearla codo con codo. Pero la entrada principal se reservaba para los invitados, así que lo mejor sería que me olvidara de ella.

Crucé rápidamente la plaza iluminada y busqué refugio en las sombras de las columnas de la Biblioteca Real, un lugar de peregrinación para los magos de la Orden y los historiadores. En ocasiones, incluso algún noble acudía allí para alimentar el acerbo de sus conocimientos, aunque la mayoría de los caballeros acudían directamente a Ranneng, la ciudad del aprendizaje, para sus estudios.

Desde mi escondrijo disfrutaba de una vista privilegiada de la residencia del duque. Era como si la casa hubiera muerto. No se veían guardias en las puertas ni en la muralla. Debían de estar agazapados en la garita, con los dientes castañeteándoles. No me extrañó. Yo mismo habría estado encerrado en mi escondrijo de no ser por el Encargo. Cierta individuo me había hecho una oferta muy generosa. Estaba muy interesado en una pequeña y rara pieza de la colección del duque. La recompensa ofrecida era excelente y lo único que tenía que hacer era entrar en la casa, apoderarme de la baratija y salir. Un trabajo sencillo, sobre todo si tenemos en cuenta que su excelencia, junto con todo su séquito, estaba de caza en los bosques que rodeaban la ciudad y sólo habría un reducido número de criados en la casa.

Como es natural, la posibilidad de sacudir un avispero era considerable. Pero para cuando las avispas comprendieran lo que estaba pasando, haría tiempo que yo me habría largado.

Pasé cuidadosamente las manos por el equipo y la ropa para asegurarme, por centésima vez aquella noche, de que tenía conmigo todo lo que necesitaba para llevar a cabo mi plan. Un justillo gris marengo con capucha, guantes grises y pantalones negros con botas a juego. Un cuchillo largo de doble filo, firmemente sujeto a mi pantorrilla por medio de dos cinchas de cuero, para que no me estorbara al moverme. El cuchillo me había costado un buen montón de monedas de oro. Con casi un codo de longitud, era prácticamente una espada corta y tenía la hoja cubierta por una hilera de plata, de modo que, si lo deseabas, hasta podías luchar contra alguien que acabara de levantarse de la tumba. En realidad, yo podría haber escapado

con cierta facilidad de un enfrentamiento así aunque me faltara un brazo. Y con el mismo cuchillo, o más bien con su empuñadura, podría dejar inconsciente a cualquier idiota que no pudiera conciliar el sueño y decidiera entrometerse. El maestro ladrón no es aquel que le rebana el pescuezo al centinela que acude al saltar la alarma, sino el que entra sigilosamente, toma lo que quiere y sale rápidamente dejando tras de sí el mínimo número posible de pistas, categoría que incluye los cadáveres.

Colgada al hombro llevaba una pequeña ballesta que podía manejar cómodamente con una mano sin que me estorbara los movimientos. Disparaba unos proyectiles cortos y gruesos de cabeza cuádruple y, empuñado con la destreza suficiente, aquel juguete era capaz de alcanzar a un hombre en el ojo a setenta pasos de distancia.

La pequeña bolsa de piel de becerro que llevaba al cinto contenía varios frascos reservados para casos de extrema necesidad. A cambio de ellos, un mercader enano al que conocía me había despojado de todos los beneficios de un golpe en la casa de uno de los libertinos más famosos de la ciudad. Pero la utilidad de aquellas chucherías mágicas justificaba más que sobradamente el precio que había pagado por ellas.

Eso era todo. No podía seguir demorándome. Corrí hacia la casa del duque lo más pegado posible al muro de la biblioteca. Si a alguien se le hubiera ocurrido mirar desde allí arriba, no habría visto otra cosa que las piedras grises y los jirones de neblina arrastrados por el viento que jugaban al pilla-pilla con las sombras de la plaza. Avancé rápidamente a lo largo del costado derecho de la casa. El muro gris y almenado pasó ante mis ojos como una mancha confusa. Allí estaba, casi invisible para la gente que paseaba por la calle, el pequeño portón de color gris que utilizaba la servidumbre para entrar en las dependencias interiores de su excelencia.

La mala suerte quiso que hubiera una farola encendida justo enfrente del portón, lo que no dejaba ningún sitio donde esconderse. Estaba tan expuesto como en la palma de la mano de Sagot. La luz caía directamente sobre el muro y no había ni rastro de una sombra. Por suerte, la estrecha calle estaba desierta y la patrulla no volvería a pasar por allí en un buen rato. Tenía tiempo.

Metí la mano en el cinto y saqué un juego de ganzúas que

había encargado a los enanos conforme a unas especificaciones muy precisas. Sólo los ignorantes piensan que ser un maestro ladrón sea fácil y barato. Eso es una completa necedad. Si quieres robar algo que merezca la pena, lo más importante es tu equipo (guardo un modesto silencio sobre el asunto de la experiencia y el talento, pero tampoco se puede robar gran cosa sin ellos).

Completamente absorto en lo que estaba haciendo, busqué con la ganzúa el mecanismo de la cerradura. ¡Ajá! Un discreto chasquido. La primera línea de defensa había cedido.

Pero en aquel preciso momento oí el sonido de unos cascos al final de la estrecha calle y empecé a trabajar con más premura.

Un nuevo chasquido. Superado el segundo escollo, giré la ganzúa con desesperación para encontrar el último. ¡Ahí estaba! ¡Lo había conseguido!

Saqué la ganzúa de la cerradura, todos los engranajes habían cedido, y crucé a la carrera la sinuosa calle hacia las sombras en las que me refugiara antes.

Justo a tiempo.

Un grupo de jinetes apareció en la esquina. Dos, tres, cinco, siete. ¡Caray! ¡Trece en total! El número de la suerte. Montaban en caballos de la raza doralissia. Eran siluetas oscuras recortadas contra el grisáceo telón de fondo de la noche. Me agazapé, me cubrí el rostro con la capucha y cerré los ojos con la esperanza de que la luz de las estrellas no se hubiera reflejado en ellos.

Diez de los soldados llevaban la librea gris y azul de la Guardia Real. El undécimo era una mujer, con el rostro cubierto por un denso velo. Los dos hombres que la flanqueaban tenían el rostro oculto tras sendas capuchas.

«¿Qué estarán haciendo los guardias reales y una misteriosa mujer en la calle en plena noche? Nada de mi incumbencia, creo.»

Transcurridos unos instantes del paso de la extraña comitiva, llegó otro destacamento de jinetes, esta vez al galope. Vestían uniformes convencionales, no grises y azules, pero atisbé una franja morada en la manga del último de ellos.

«¡Oh-oh! ¡Corazones Salvajes! ¿Y qué están haciendo tan lejos del Gigante Solitario?»

Esperé a que desaparecieran en la calle siguiente, aguardé un rato más y luego regresé al portón.

El patio estaba silencioso, oscuro y desierto. En todo el grandioso nidito del duque sólo había dos ventanas iluminadas: una en las cocinas y otra debajo de la techumbre. La hierba que se encogía para alejarse del frío de la noche de junio amortiguó por completo mis pasos. Hacía demasiado frío para los grillos y la pesada mano del silencio flotaba sobre el patio interior.

Había una puerta que daba a las cocinas. La tímida y temblorosa llama de una antorcha ennegrecía la pared más allá de la puerta. Giré la manija de bronce y entré.

Los hornos y las chimeneas del interior llevaban algún tiempo apagados. Sobre las mesas se veían platos sucios apilados y en el suelo dormía un mozo. Me detuve en una esquina y comencé a repasar el plano, que llevaba escondido en el lugar más fiable de todos: mi cabeza. Aquella puerta me llevaría a un comedor, con una escalinata de mármol que conducía al segundo piso. Pero no tenía por qué arriesgarme a salir allí, había otro camino. La puerta de roble de la derecha daba a los aposentos de los criados, desde donde se podía llegar al segundo piso esquivando a la guardia. Ciertamente era muy tarde, y si algo sé sobre los centinelas es que a tales horas ya llevan mucho tiempo dormidos, pero, aun así, no tenía ningún sentido correr riesgos.

Me puse en marcha con paso cauteloso. Los tablones resacos crujieron bajo mis pies. En el oscuro pasillo, sólo una de cada dos antorchas estaba encendida. Tras una puerta, a la izquierda, oí los ronquidos de alguien en buen estado de salud y claramente satisfecho con su vida. Definitivamente, se trataba de un guardia. Nadie más podría mostrarse tan imprudentemente despreocupado.

Seguí mi camino riéndome para mis adentros.

«¡Adelante! ¡Y en silencio! Lo más importante es no precipitarse.»

Me aproximé a la escalera que llevaba de la zona de la servidumbre a los aposentos ducales. Subí los escalones en un abrir y cerrar de ojos y allí, ante mí, me encontré con unas gruesas puertas de roble. Cerradas, claro está, pero eso no suponía un escollo insalvable.

El pasillo estaba tan oscuro y tan desierto como el resto del edificio. Pero me di cuenta de que, a partir de aquel punto, el suelo estaba astutamente pavimentado con bloques de mármol isilliano, que convierte en estrepitosas las pisadas más sigilosas. Un sordo que se encontrase al otro lado de la ciudad podría oír-

las. Y yo tenía que recorrer el pasillo entero hasta el dormitorio situado al otro lado.

«¡Maldita sea! ¡Ojalá pudiera volar!»

Pero no podía. Así que tendría que hacer uso de todas las habilidades que Sagot me había concedido para no hacer ruido.

De repente oí un gruñido amenazante detrás de mí. Temblando, me quedé paralizado, con un pie suspendido sobre las losas de mármol blancas y negras. Volví la cabeza cautelosamente y me encontré ante un garrincho, que me devoraba con el fulgor demente de sus ojos blancos.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Ese gusano de Gozmo... Cuando me ofreció el Encargo no mencionó que el duque tuviera uno de aquellos monstruos en la casa.

Los garrinchos viven en el lejano sur, en las estepas de Ungava, casi en la frontera con el caluroso Sultanato. Son unos perros guardianes soberbios, sobre todo contra tipos como yo. Conseguir un cachorro de garrincho es tan difícil que se puede considerar casi imposible, porque su precio es astronómico. Dicen que la cámara del tesoro real está guardada por dos de estas bestias.

La mejor forma de describir un garrincho sería decir que parece una rata enorme, del tamaño de un ternero bien alimentado, cubierta de escamas de serpiente en lugar de pelaje, con una magnífica dentadura capaz de atravesar la armadura de un caballero y que en lugar de ojos tiene dos barrenos. Son sumamente difíciles de matar, salvo, claro está, para los magos.

La criatura soltó un resoplido y recorrió con mirada alerta la sombra en la que yo había decidido ocultarme. No había nada que pudiera hacer, salvo elevar una plegaria a Sagot para pedirle que protegiera a su humilde servidor. Un sudor frío me cubría por completo. Tras un largo silencio, la criatura comenzó a gruñir de nuevo. Notaba algo, pero no era capaz de entender dónde podía haberme ocultado, así que estaba tratando de hacerme salir.

Finalmente, la bestia abandonó la esperanza de disfrutar de una nueva cena y se marchó arrastrando sus patitas de pichón hacia la puerta, ahora abierta, que daba a la zona de los criados. Comprendí que la razón de que la puerta estuviera cerrada era impedir que el monstruo que protegía el segundo piso se comiera a alguien. Pero yo, descuidadamente, la había dejado abierta de par en par. A la mañana siguiente se organizaría un buen revuelo cuando alguien descubriera que faltaban un par de criados.

Tomé aliento y levanté el dedo del gatillo de la ballesta. El peligro había pasado, pero tenía que seguir alerta. La criatura podía regresar en cualquier momento.

Había una fina línea de luz bajo la puerta del dormitorio del duque. Qué raro. ¿Habría alguien dentro?

Pegué la oreja al ojo de la cerradura

—¡Tonterías! ¡Soy leal al Amo! —exclamó una voz ronca y penetrante.

¿El duque? ¿Por qué, en el nombre de la oscuridad, se encontraba en casa en lugar de cazando?

—¿Leal? —La segunda voz provocó que un escalofrío me recorriera la columna vertebral. Era malicia pura, sin una sola gota de vida: una mezcla de desdén funesto y frío de ultratumba—. Qué raro. En ese caso, ¿por qué el rey no ha abandonado sus estúpidos planes para con el Cuerno?

—Por culpa de su maldita guardia y de Alistan Markauz. Vigilan al rey a todas horas. El capitán sospecha algo. No puedo hablar con su majestad en privado.

—Mi Amo no está acostumbrado a que se desobedezcan sus órdenes.

—¡Ni yo a que se me niegue lo que se me prometió hace ya mucho! —exclamó el hombre alzando la voz—. ¡Sois una chusma mentirosa y despreciable! No quiero saber nada más de vosotros.

—Muy bien. Ahora recibirás tu pago —dijo la voz muerta al cabo de un momento, como si hubiera estado escuchando las instrucciones de alguien.

—Espera, espera, era una bro... ¡Aaaagh!

Hubo un horripilante sonido de aplastamiento al otro lado de la puerta y entonces algo cayó al suelo y los postigos chocaron contra el muro, como si los hubieran abierto de par en par.

Maldije entre dientes y me asomé cautelosamente a los aposentos del duque.

El fuego del hogar, demasiado débil como para iluminar por completo la gigantesca sala, parpadeaba sin apenas llegar a arrebatarle a la oscuridad más que unos pocos espacios, pero pude ver con total claridad al duque Patina, muy tieso en su sillón, con el rostro contraído de terror y la garganta rebanada de parte a parte. La sangre manaba de la desgarrada herida a alegres y rítmicos borbotones.

Avisté la silueta alada de su visitante nocturno, recortada

contra la ventana abierta. Por un instante, me asomé a unos ojos amarillentos que me observaban con un frío desdén, con la arrogancia de la misma muerte, y entonces mi dedo, actuando por su propia voluntad, pulsó el gatillo. La cuerda soltó un tañido seco y el grueso proyectil alcanzó a la criatura en la espalda al mismo tiempo que ésta saltaba desde la ventana con las alas extendidas. Hubo un ruido sordo, como si el acero forjado por los enanos se hubiera clavado en un árbol mojado, en lugar de en la carne de un ser vivo. La criatura se fundió con la oscuridad sin hacer el menor ruido. No creo que el proyectil de su espalda la molestara lo más mínimo.

Tenía que huir. No podía hacer nada por el duque y si me sorprendían allí, junto al cuerpo, me cargarían el muerto. Un crimen de tal gravedad contra la corona significaba largas y lentas conversaciones en las cámaras de tortura de Piedras Grises.

Corrí hasta las estanterías, cogí lo que necesitaba —la estatua de oro de un perro— y volví a toda prisa hacia la puerta.

El garrincho apareció entonces al otro extremo del pasillo. Nos vimos al mismo tiempo.

La bestia profirió un rugido de júbilo y, con enormes saltos, se abalanzó hacia aquella nueva promesa de cena. Sin detenerme, me eché la ballesta al hombro, metí la mano en la bolsa y extraje un frasco de líquido azul fosforescente. En mi profesión, lo más importante es conservar la calma. Cuando el garrincho estaba a dos saltos de distancia, arrojé el contenido del frasco sobre su aterradora sonrisa.

La cara de la bestia quedó sumergida en una neblina azul. Se detuvo bruscamente, soltó un estornudo de asombro y entonces, olvidándose por completo de mí, comenzó a frotarse la cara con las zarpas delanteras en furiosa desesperación. Pasé a su lado a toda velocidad, rezando en mi fuero interno para que la pavorosa criatura se librara del picor mágico... en unos doscientos o trescientos años.

Al día siguiente, la ciudad entera sería un clamor y no debía dejarme ver. A mi espalda, la morada del recién fallecido duque no era más grande que una casa de muñecas. Cuando recibiera el dinero, me ocultaría durante un par de meses. Había cumplido el Encargo y ahora podía volver a mi guarida. Sólo le pedí a Saggot que no dejase que me cruzara con nadie en el camino...

ENCUENTROS INESPERADOS

El crepúsculo descendió sobre la bulliciosa Avendoom, obligando a sus habitantes a darse prisa. Humanos y no humanos se apresuraron a concluir sus negocios antes de que cayera la noche. En las abarrotadas estancias y las sinuosas callejuelas del puerto, los ciudadanos se afanaban por aprovechar cada instante disponible antes de que la oscuridad los obligase a regresar arrastrando los pies a sus casas.

Allá iba corriendo un grupo de mujeres, llevando consigo las cestas de comida que no habían conseguido vender. Allí un par de nobles, ciegos de borrachera los muy arrogantes, montados en sus orgullosos corceles, levantando el barro con sus cascos y obligando a los viandantes a pegarse a las paredes. Tras su paso, levantaron el puño y lo sacudieron furiosamente en dirección a la espalda cada vez más lejana de los jinetes. Allá, un rollizo tendero le dio un pescozón en las orejas a su aprendiz para que espabilase y cerrara los postigos.

La guardia del puerto hacía caso omiso de todo, incluso del hombre bajo cuya capa se adivinaba con claridad el contorno de una ballesta. Para ser sincero, es ilegal que un ciudadano ordinario lleve este tipo de armas dentro de las murallas y si la guardia de la ciudad interior me hubiese visto, me habría costado algo más que una simple sonrisa. De hecho, me habría costado más de dos monedas de oro conseguir que los guardianes del orden público olvidaran mi cara hasta nuestro próximo encuentro.

No dejo de hablar de cosas como el «puerto» o la «ciudad interior», pero estos nombres sólo significan algo para alguien que haya vivido en Avendoom.

Por razones históricas, la ciudad nació en las riberas del mar Frío, en el norte del reino de Valiostr. A vista de dragón tenía la forma de un enorme triángulo, con la base pegada a las inclementes y grisáceas aguas del mar Frío y las otras dos caras rodeadas por una muralla elevada e imponente, con poderosas torres de guardia levantadas a intervalos regulares.

La ciudad tenía ocho puertas, cuatro por cada una de las dos caras continentales del triángulo, mientras que la cara que daba al mar estaba protegida de sus enemigos por un poderoso fuerte armado con un cañón fabricado por los ancestrales enemigos de los enanos, los gnomos. A éstos no les gusta demasiado el mar, pero en este caso su amor al oro fue más fuerte que su aversión al agua salada. Esta isla proporcionaba seguridad a Avendoom frente al mar y los miranuehanos, con sus frágiles esquifes, no se atreverían a atacar el imponente fuerte y su cañón.

Decían que ni una sola de las puertas había cedido jamás en los tres asaltos que la capital había sufrido a lo largo de trescientos años. Pero ¿quién podía saber lo que ocurriría si los ejércitos del Sin Nombre se congregaban y terminaban con su centenario exilio en las Tierras Desoladas para poner a prueba el valor de nuestra gran ciudad con un asalto de ogros y gigantes? Y los hijos del ducado Cangrejo no se quedarían sentados mirando. A buen seguro ayudarían a nuestros enemigos. En fin, sólo el tiempo lo diría. Alrededor de la muralla exterior se extendían los suburbios. Al otro lado de las puertas, en el interior, se encontraba la llamada ciudad exterior, formada por las casas de ciudadanos moderadamente prósperos. Más allá estaba la ciudad interior, rodeada por otra muralla (que en una o dos ocasiones me había visto obligado a escalar, cuando una patrulla especialmente diligente decidió probar lo rápido que podía correr el viejo Harold).

La ciudad interior estaba formada por las casas de los aristócratas, los peces gordos y los magos. Allí se podían dar muy buenos golpes, pero las probabilidades de salir mal parado tampoco eran desdeñables. Además, también albergaba el palacio del rey.

La ciudad de los artesanos y el barrio de los magos se adentraban en la ciudad interior desde el mar: tiendas, herrerías, curtidurías, panaderías, puestecillos de magia, capillas dedicadas a los dioses, etcétera. El puerto discurría a lo largo de la ribera. Naves procedentes de todo el mundo atracaban en él. Y en este barrio de la capital se encontraban también unas calles en las

que era mejor no entrar sin cota de malla y sin un puñado de guardias de confianza. Sobre todo de noche.

Todas estas cosas que estoy contando conforman sólo una pequeña parte del cuadro general, una mera gota de vino en un océano de lodo, porque nuestra capital contenía un centenar de barrios y áreas más. Algunos de ellos estaban habitados completamente por magos, otros por los enanos que no se marcharon cuando los humanos concluyeron su pacto con los gnomos. Y también estaba el Territorio Secreto (o Territorio Prohibido, o la Mancha, como también se lo conocía), un barrio rodeado completamente por un muro impregnado de magia defensiva y en cuyo interior nadie sabía lo que sucedía.

El Territorio Secreto, adyacente al puerto, había aparecido unos trescientos años atrás como consecuencia de una maldición. Los magos del reino, incapaces de disiparla, decidieron que lo mejor era sellar la zona afectada con aquel muro. Siempre han existido rumores sobre las terribles criaturas que habitaban en su interior, pero jamás se había encontrado a un aventurero lo bastante temerario como para poner a prueba su veracidad.

¡Bien, ya es suficiente! Si sigo hablando de todos los lugares de interés de nuestra amada ciudad, no terminaré de enumerarlos antes de que caiga la noche.

Me detuve en el exterior de un edificio viejo e idéntico a muchos otros del puerto. Lo único que lo diferenciaba de los demás era un cartel: El Cuchillo y el Hacha. Un enorme cuchillo y una inmensa hacha de latón colgaban a su lado. Sospecho que hasta el más tonto de los doralissios comprendería qué clase de hombres podrían encontrarse en semejante establecimiento. Abrí la puerta de madera y me zambullí en la estruendosa barahúnda de la multitud.

A diferencia de otros establecimientos, esta posada, refugio de bribones y rateros, estaría abierta toda la noche. El viejo Gozmo, propietario de aquel nido de moscas, sabía muy bien cómo atraer hasta la última moneda a su clientela.

Saludé con la cabeza a los dos matones que guardaban la entrada, con sendos garrotes prestos, y me encaminé a la barra.

Varios individuos me dirigieron miradas maliciosas y oí cuchicheos a mi espalda. El mundo dista mucho de ser perfecto y abunda en él la gente que envidia mi destreza. Que refunfuñen todo lo que quieran. Nunca se atreverían a ir más allá de murmurar a mi espalda

Finalmente conseguí pasar entre las mesas y saludé a Gozmo, que aquel día se encontraba detrás de la barra. El encorvado y viejo bribón, quien se jactaba de haber hollado en su día las casas de todos los habitantes ricos de Avendoom a altas horas de la noche, había decidido sentar la cabeza y abrir aquel establecimiento, donde individuos que no eran totalmente respetables y cuyas manos no estaban del todo limpias podían sentirse más o menos seguros. Allí era donde iban a relajarse mis compañeros de profesión, mientras buscaban compradores, clientes y nuevos trabajos.

–A-a-ah... Harold –me saludó afectuosamente. Gozmo siempre se alegraba de ver a sus clientes. Cosas de su nueva profesión—. Cuánto tiempo sin verte. Parece que han pasado años desde la última vez que visitaste a tu viejo amigo.

–He estado ocupado, ya sabes –dije mientras depositaba sobre la barra la estatuilla, envuelta en una tela, y la empujaba hacia la mano del posadero cargado de espaldas.

Gozmo, un buen proveedor de información, era el que me había pasado el Encargo para hacer una visita a la mansión del recientemente fallecido duque Patina. Cogió el fardo y, con un movimiento tan inocente como el mío, dejó en mi mano una bolsa con las veinte monedas de oro prometidas. La mercancía se la llevó al instante uno de sus chicos, que la introdujo en un sucio saco de tela para entregársela al comprador.

Faltaban cinco monedas en la bolsa.

–Por eso me siento tan orgulloso de ti, muchacho, siempre pagas tus deudas –dijo alegremente el viejo, mientras yo fruncía el ceño.

Sí, me dedico a robar propiedades ajenas, pero tengo que pagar a mis informantes de mi propio bolsillo, con el oro que saco por la venta de esas propiedades. Soy un tunante, es cierto, pero aun así, que me paguen quince monedas cuando espero veinte es un auténtico fastidio. No obstante, aún le debía dinero al viejo canalla por mi último trabajo, así que tenía perfecto derecho a detraer la cantidad adeudada.

–¿Te has enterado de que el señor Patina murió repentinamente hace dos noches? –preguntó con aire inocente mientras limpiaba las jarras de cerveza. No pareció reparar en mi expresión sombría.

–¿En serio? –dije con genuino asombro ante la noticia ines-

perada del abandono de este valle de lágrimas por parte del duque, quien poseía la fuerza de todos los percherones de Valiostr y Zagorie juntos.

—Sí, sí. Lo encontraron con la garganta rebanada. Y el garrincho que tendría que haber protegido su tesoro no hacía más que rascarse, sin fijarse en nadie.

—¿En serio? —volví a preguntar, presa de un asombro completo—. ¿Quién habría pensado que habría un garrincho allí dentro? Nadie me lo había dicho nunca.

El posadero hizo oídos sordos a mi puya. Cuando quería, sabía fingir que era sordo como una tapia y he de reconocer que a veces lo hacía maravillosamente.

—Lo de siempre, ¿no?

—Sí. ¿Mi mesa está libre?

Gozmo asintió y me dirigí, por entre un grupo de borrachos que estaba discutiendo a gritos sobre algo y la chica semidesnuda que cantaba en el escenario, hacia el extremo opuesto de la gran sala. Me senté de espaldas a la pared, orientado hacia la entrada del establecimiento. No puedo evitarlo, es una costumbre que he ido desarrollando a lo largo de los años.

Al instante, como por arte de magia, una jarra de cerveza negra y un plato de carne aparecieron delante de mí. He de decir que el cocinero de Gozmo tenía, en ocasiones, arrebatos de verdadera inspiración, y en aquellos momentos cocinaba tan bien como los mozos de las cocinas de los aristócratas. La comida y la bebida me las trajo una encantadora doncella, que me guiñó un ojo con picardía, pero, al reparar en mi ceño, fruncido como de costumbre, soltó un resoplido y se retiró a las cocinas meneando con indignación las posaderas de un modo que atrajo las miradas de admiración de los parroquianos de las mesas vecinas.

Yo, sin embargo, no tenía tiempo en aquel momento para sus indudables encantos. La ciudad entera era un avispero. De momento tenía que mantenerme oculto.

Un campesino podía vivir con quince monedas de oro durante casi un año, pero para mí no era una suma demasiado grande y lo cierto es que tendría que dejar de trabajar durante unos cuantos meses. Si no tenía suerte, alguien podía relacionar la muerte del duque con la desaparición de la estatuilla, con lo que se abriría la veda de todos los ladrones de Avendoom. Y, en tal caso, me echarían en el mismo saco que al resto. Si es que

podían atraparme, claro. Tenía mis reservas por lo que se refiere a la capacidad de los subordinados de Frago Lanten. De hecho, no tenía muy buena opinión de los guardias en general.

Pero, antes de que pudiera darle un solo sorbo a la negra y densa cerveza de mi jarra, un sujeto enjuto y pálido apareció de repente y tomó asiento en la silla situada frente a mí sin molestarse en pedir permiso. Nunca lo había visto.

No tardé ni un instante en sentir aversión por aquel sujeto. Su palidez y delgadez inducían a pensar que podía ser un vampiro, pero, como es lógico, no lo era. Los vampiros no existen. Mi inesperado acompañante era un hombre. Y, a juzgar por su apariencia, un hombre muy peligroso. Ni un solo movimiento superfluo o innecesario y una aterradora mirada de fría evaluación. Yo no era un novato en las calles. Había visto muchos tipos como aquél.

Estuve a punto de echar mano a la ballesta, pero me contuve. Igual sólo quería conversar sobre el tiempo.

—No creo haber pedido compañía, ¿verdad? —pregunté con la máxima indiferencia posible.

Pero mi breve momento de sobresalto no había pasado inadvertido a los ojos de mi inesperado acompañante, quien esbozó una sonrisa aviesa.

—¿Eres Harold?

—Todo es posible. —Me encogí de hombros y tomé un sorbo de cerveza.

—Me han pedido que te diga que Markun no está contento contigo.

—¿Desde cuándo usa asesinos a sueldo el jefe del gremio de los ladrones para transmitir sus mensajes? —pregunté con brusquedad mientras dejaba la jarra sobre la mesa.

—Eso, Harold, no es asunto tuyo —dijo el tipo de la cara pálida, en absoluto sorprendido por mi perspicacia por lo que a su profesión se refería—. Markun te pide por última vez que ingreses en el gremio y pagues la cuota que te corresponde.

¡Ah, los gremios, los gremios! Los reyes hacen oídos sordos a la existencia del gremio de los ladrones y el de los asesinos. Al menos, lo han hecho hasta ahora. Las autoridades no tocan estas sospechosas organizaciones mientras no se excedan en sus actividades y paguen sus impuestos. Y hay que admitir que las sumas de dinero con las que contribuyen a la tesorería son enor-

mes. Casi la mitad de las ganancias de estos profesionales de la nocturnidad. ¿Y por qué no estoy en el gremio? ¿Por qué debería regalarle a nadie las monedas de oro que he ganado honradamente con el sudor de mi frente?

–Siento decepcionarlo –dije mientras soltaba la carcajada más desdeñosa de que era capaz.

Harold *el Sombra*, legendario maestro de ladrones de Aven-doom, el hombre que no había caído una sola vez en manos de los guardias, no deseaba ingresar en el gremio.

–Soy un agente libre. Y no tengo la menor intención de inclinarme ante un ratero barrigón.

–Muy bien. –Mi amigo de la cara pálida, sin dejarse perturbar por mi negativa, continuó mirándome a los ojos con indiferencia–. ¿Es tu última palabra?

Asentí para indicar que la conversación había terminado. Un silencio ensordecedor cayó entonces sobre El Cuchillo y el Hacha. La chica dejó de cantar y tanto las carcajadas de los borrachos como las animadas conversaciones cesaron de repente. Era una auténtica tumba, con Gozmo a modo de cadáver en jefe. Dirigí la mirada hacia la puerta e imagino que debieron de abrirseme los ojos de par en par si un profesional de la talla de mi amigo de la cara pálida hizo lo que ningún asesino experto debería hacer jamás: olvidarse de mí y volverse para ver lo que había allí.

Un destacamento de la Guardia Municipal se encontraba en la puerta de la posada, con las alabardas y las ballestas en las manos. Y nadie tenía la menor duda de que estaban dispuestos a usarlas en cuanto apareciera un cuchillo por cualquier parte. Estaba claro que no eran escoria del puerto, sino soldados de la ciudad interior. Además, estaban demasiado bien alimentados y pertrechados. Definitivamente, no convenía provocarlos. Y hasta los matones de la puerta, a cuyas madres se podría haber acusado de haber mantenido relaciones íntimas con trolls, se hicieron a un lado para permitir que aquellos inesperados invitados entraran en el santuario secreto del mundo de los ladrones.

Algo muy importante tenía que estar a punto de ocurrir si los guardias, a los que Gozmo pagaba con regularidad para que no se fijaran en su establecimiento ni en la gente que lo frecuentaba, se encontraban allí.

A la cabeza de aquel escuadrón ataviado de naranja y negro se encontraba ni más ni menos que el comandante de la Guardia

Municipal en persona, el barón Frago Lanten. El barón sondeó la habitación con una mirada miope que terminó por localizarme, momento en el que asintió quedamente y se encaminó en línea recta hacia mí.

–Vino –gruñó al pasar junto a un pálido Gozmo, quien al fin había dejado de limpiar las limpiísimas jarras de cerveza.

–Ahora mismo, vuestra gracia. El mejor de la casa –replicó obsequioso el tabernero una vez recuperado de la sorpresa inicial.

A fin de cuentas, los hombres como Lanten no visitan con frecuencia las modestas madrigueras de ratas en las que se congregan los ladrones. Al instante, las camareras volvieron al trabajo y el bullicio generalizado volvió a inundar la sala, a pesar de lo cual siguió percibiéndose una tensión aprensiva que flotaba en el aire. La chica del escenario reanudó su canto con voz temblorosa, mientras lanzaba miradas de soslayo en dirección al barón. Docenas de pares de ojos siguieron al menudo aristócrata mientras se acercaba a mi mesa. En cualquier momento, si se le antojaba, podía decidir que cualquiera de los presentes no vivía conforme a la ley y encerrarlo en Piedras Grises, la más siniestra y dura prisión de los reinos del norte.

Algunos hombres, incapaces de seguir soportándolo, se encaminaron a la puerta. Los guardias no trataron de detenerlos.

–No empieces a celebrarlo aún –siseó mi amigo de la cara pálida–. Ya habrá otra ocasión de mantener una larga conversación, Harold.

Y entonces desapareció, esfumándose en la penumbra como si nunca hubiera estado allí.

Dejé escapar un suspiro silencioso y me froté las sudorosas palmas de las manos.

–¿Harold? –preguntó el barón mientras se detenía frente a mí.

Observé detenidamente a aquel sujeto bajito y musculoso, ataviado con la librea de la guardia de Avendoom. Su jubón era mucho más caro que el de un simple soldado. Desde mi punto de vista, tenía demasiado terciopelo. Pero la fina y elegante hoja de Filandia sí que era de mi agrado. Con un arma como ésa se podían comprar fácilmente tres establecimientos tan buenos como El Cuchillo y el Hacha.

No tenía sentido tratar de negar nada, así que señalé la silla en la que el tipo de la cara pálida había estado sentado.

–Tomad asiento, vuestra gracia.

Gozmo se acercó rápidamente para traernos en persona una botella de su mejor vino, unos vasos y unos entremeses. El barón esperó en silencio a que todo estuviera sobre la mesa y entonces, en voz baja, dijo:

–Y ahora largo. Como me estorbes, me encargaré de que te pudras en la cárcel.

Gozmo se marchó entre repetidas reverencias y afirmaciones de absoluta honestidad que estuvieron a punto de provocar que volcara una mesa.

Sin decir nada, Frago sirvió un vaso de vino tinto del lejano sur, donde la Cresta del Mundo se encuentra con las estepas de Ungava, y lo apuró de un solo trago. Entonces, con un gruñido de satisfacción, se dedicó a estudiar mi cara. Aunque estábamos, por decirlo así, en términos muy poco amistosos y teníamos razones para odiarnos, yo sentía respeto por aquel hombre. Que Sagot me mate si miento.

El barón era un hombre honesto. Nunca utilizaba métodos deshonorosos y nunca humillaba a sus subordinados, aunque sí mantenía un férreo control sobre ellos. Era fiel al rey y debía su puesto a sus desvelos, no a su dinero ni a sus relaciones familiares.

Avendoom se había beneficiado mucho del nombramiento de aquel hombre para dirigir la guardia, aunque eso significase tiempos duros para nosotros, los ladrones. El número de delitos no se había reducido, claro está, pero ahora los degolladores miraban en todas direcciones antes de ejercer su siniestro oficio, para asegurarse de que su gracia no andaba cerca. Una pequeña, pero muy real victoria en la eterna batalla entre la ley y el crimen.

–No puedo decir que me alegre de verte –refunfuñó el barón mientras me miraba desde debajo de sus tupidas y gruesas cejas–. Me encantaría enviarte de cabeza a Piedras Grises.

No dije nada. Tenía una réplica muy apropiada en la punta de la lengua, pero decidí reservarla para más adelante. Aquella tarde, al menos, no tenía ningún deseo de ir a prisión.

–Vámonos, Harold.

–¿Adónde, vuestra gracia? –pregunté. Me había sorprendido–. ¿A vuestro amado Piedras Grises, acaso?

–No. Al menos aún no. –Me miró de soslayo–. Cierto... individuo quiere tener unas palabras contigo. Tengo que llevarte hasta él.

A pesar de que intenté no hacerlo, no pude evitar lanzar una mirada de reojo a los aburridos guardias que aguardaban en la puerta. No podría con ellos. Eran demasiados. Y probablemente hubiera otros tantos en la puerta trasera.

–Todas las puertas están custodiadas –dijo el barón, como si hubiera oído lo que estaba pensando

Aparté la silla sin decir nada, me levanté y me embocé en mi capa.

–Bueno, está bien –murmuró el comandante de la guardia y, mientras recogía con la mano izquierda la botella de caro vino, que no había pagado, se encaminó a la puerta.

Lo seguí, sintiendo las miradas curiosas de todos los presentes sobre mi espalda...

EL ENCARGO

En el exterior de la posada, envuelto en un crepúsculo tan denso como la crema, nos esperaba un carruaje de gran tamaño, tirado por un cuarteto de caballos de color ceniza de la raza doralissia. Los caballos miraban a los guardias de costado y resoplaban con nerviosismo. Los humanos no eran los únicos que querían pasar la noche tras la seguridad de unas murallas.

De repente reparé en que los ventanales del carruaje estaban tapados con planchas de madera.

Un carruaje caro. De los que no podría permitirse cualquiera. Y un tiro de cuatro caballos doralissios, que costaban una fortuna.

Nos alejamos por la calle oscura. La única vez que salté de mi asiento fue cuando la rueda pasó sobre un adoquín que sobresalía más de lo normal del pavimento. El barón, sin decir nada, se limitaba a lanzar miradas ocasionales y sombrías en mi dirección y a mí no me quedó otra alternativa que prestar atención al traqueteo de los cascos de los jinetes que nos escoltaban y tratar de deducir adónde me llevaban.

«¿Quién desea verme? Es evidente que, sea quien sea, debe tener mucha influencia, dado que ha enviado a Frago Lanten en persona a buscarme. Me pregunto qué querrá de mí este misterioso sujeto. ¿Hacerme pagar alguna inconveniencia? Sólo espero que no sea uno de los magos. No quiero pasar el resto de mis días en el pellejo de un sapo o de un doralissio.»

Me reí quedamente para mis adentros, lo que provocó una mirada arisca por parte del barón. Era difícil decidir qué destino

era peor, el cuerpo de un sapo o el de un hombre-cabra. Probablemente habría elegido aquél, porque en Avendoom teníamos menos cariño a los doralissios que a los sapos. De improviso, el cochero paró y un par de los obedientes guardias abrió la puerta de par en par. El frío aliento de la noche me golpeó en plena cara. En Avendoom, hasta los veranos son bastante fríos. Por culpa de su proximidad a las Tierras Desoladas, el bendito calor únicamente visita la ciudad en agosto, e incluso entonces sólo lo hace durante un par de semanas, hasta que los vientos procedentes del mar Frío nos traen las lluvias. Valiostr es el reino más septentrional de Siala, por lo que el clima deja mucho que desear.

—¿Qué es esto? ¿Un paseíto recreativo? —pregunté al barón tratando de mantener la mente tranquila.

—Deja de incordiarne, Harold. Haz lo que te digo y no habrá más que amor y concordia entre nosotros.

Me encogí de hombros, bajé a la empedrada calle de un salto y exploré los alrededores. La pequeña avenida estaba desierta y las casas sombrías que había a un lado se alzaban sobre nosotros como el Zam-da-Mort. Al otro lado de la calle se extendía una alta muralla. Bien. Eso significaba que estábamos en algún lugar de la ciudad interior.

Unas finas e inseguras lenguas de neblina amarillenta habían empezado a asomar por el sistema de alcantarillado de la ciudad. Aún se mostraban tímidas y se pegaban a la superficie de la calle, sin atreverse a levantarse demasiado. Pero, en cuestión de horas, una gruesa manta de niebla cubriría la ciudad entera, como ocurría todas las noches de junio, y permanecería allí hasta llegar la mañana.

En aquella ocasión, la oscuridad de las calles era impenetrable. Las nubes cubrían el cielo con sus oscuras carcasas y la única luz procedía de las antorchas de los guardias y las lámparas de aceite que colgaban del carruaje. Los guardias, con las ballestas preparadas, escudriñaban la oscuridad.

—¿Está limpio? ¿No lleva armas? —preguntó Frago.

Los guardias volvieron a cachearme apresuradamente. Sacaron las ganzúas del bolsillo secreto de mi cinturón y luego, tras extraer una fina navaja de la parte alta de mi bota, asintieron.

—Limpio, vuestra gracia. Tan limpio como un doralissio que vuelve a casa después de hacer negocios con un enano. Yargi conoce bien los trucos de los ladrones.

Los guardias a caballo prorrumpieron en carcajadas.

—¡Ya basta! —exclamó Lanten con irritación—. Tapadle los ojos y en marcha.

El guardia que respondía al nombre de Yargi sacó del bolsillo una tira de tela pesada y me vendó los ojos con ella. Unas manos me agarraron por los brazos, me arrojaron sin miramientos al interior del carruaje y cerraron la puerta dando un portazo. El carruaje volvió a ponerse en camino. Alcé las manos para aliviar la presión de la tela sobre mis ojos.

—Yo no haría eso si fuera tú, Harold —me dijo el barón al oído con tono de gran educación.

—¿Adónde me lleváis, vuestra gracia? ¿O es que se trata de un secreto?

—Un secreto de Estado, se podría decir. Pero, por ahora, guarda silencio y sé paciente. No me hagas enfadar.

—Os suplico mil perdones, vuestra gracia, pero ¿qué pasaría si os hiciera enfadar?

La oscuridad me había vuelto locuaz y había afilado mi lengua.

—Si no llegas a un acuerdo con el hombre al que vamos a ver, te encontrarás en mis manos... y estaré muy enfadado.

Decidí que era mejor mostrarse paciente y no decir nada durante un rato. No me costaría mucho saltar desde el carruaje y tratar de perderme por las calles. Disfrutaría de unos momentos preciosos antes de que los guardias supieran lo que estaba pasando. Pero no quería correr el riesgo de jugar al tiro al blanco con unos guardias armados con ballestas.

Entretanto, el carruaje marchaba por la ciudad a buena velocidad. Evidentemente, el cochero era un hombre muy hábil y no tenía piedad del carruaje, los caballos ni los pasajeros. Mis posaderas sufrieron hasta el último bache de las calles. Pero el barón no se quejaba. Eso debía de significar que había una buena razón para tanta premura, así que apreté los dientes y traté de permanecer recto cuando nos inclinábamos en las curvas. De hecho, en una ocasión me permití el placer de ceder y dejar que la inercia me lanzara contra Frago, para aliviar su cinto del peso de la bolsa. Por desgracia, he de decir que no contenía gran cosa.

Al fin llegamos a nuestro destino. Me sacaron y me entregaron a unos hombres que me agarraron fuertemente por los

codos. Luego se me llevaron, no sé adónde. No podía hacer otra cosa que mover los pies y tropezar cada vez que subíamos o bajábamos escalones.

Mientras sucedía todo esto, el barón me seguía resoplando. Pasillos, escaleras, habitaciones, salas. Sonidos. Mis pies caminaron sobre un suelo de piedra desnuda, levantaron un eco resonante en unas losas de mármol isilliano y pisaron con fuerza unos tablones de madera. Hacía tiempo que había perdido la cuenta de los pasos, de las escaleras y de los giros que habíamos dado en los incontables pasillos del enorme edificio por el que me llevaban. Las antorchas chisporroteaban y siseaban junto a mi oreja. A veces nos encontrábamos con alguien en nuestro avance, pero siempre se apartaba apresuradamente para abrirnos paso.

Finalmente se abrió una puerta y sentí una gruesa alfombra bajo mis pies. Sin verla, me era imposible saber lo que valía, pero probablemente la hubieran confeccionado en el Sultanato, lo que significaba una importante suma, desde luego.

—Quitadle la venda.

Frago, que se encontraba detrás de mí, me quitó el maldito harapo de los ojos. Por un breve momento, tuve que entrecerrarlos para protegerme de la brillante luz que salía de una chimenea y de las docenas de velas y antorchas que ardían por toda la pequeña estancia.

Luego estudié la sala con mayor atención. De un solo vistazo medí el valor de las alfombras del Sultanato, los candelabros, los costosos muebles de madera de los bosques de I'alyala, junto a la Cresta del Mundo, y la armadura completa de caballero, obra de maestros herreros enanos, que descansaba en la esquina más alejada de la sala. Por no hablar de las copas y la cubertería, hechas todas ellas de oro, según creo. Mmm. Podría retirarme definitivamente si me dejaban suelto en aquel lugar ni que fuera un ratito.

Sólo que, en lugar de una persona, había varias.

El anciano menudo que se sentaba en un sofá junto al hogar, cubierto por una gruesa manta de lana, aferraba una vara de plata con incrustaciones de marfil en la mano derecha. Un mago, a juzgar por su aspecto. Un archimago, de hecho, si tenemos en cuenta que la vara lucía los cuatro anillos de plata que testimoniaban su dignidad. O, para ser aún más precisos, un maestro, puesto que la vara estaba coronada por un pequeño pájaro negro, en lugar de la piedra habitual.

El anciano parecía pequeño y débil. Era como una avellana vieja y frágil, y temblaba de fastidio, como si el calor que emanaba del fuego que tenía a su lado no pudiera calentar sus ancianos huesos. Daba la impresión de que, con sólo empujarlo con un dedo, o con que soplara una brisa fuerte sobre él, se desmoronaría en mil pedazos.

Una impresión engañosa. Un fin muy poco grato aguardaba a cualquiera que se atreviese a incordiar a Artsivus, archimago y maestro de la Orden de los Hechiceros. Aquel hombre era una de las figuras más influyentes del reino, así como el principal consejero del rey, aunque muchos, al ver al frágil hombrecillo por primera vez, pudieran no entender las razones de este hecho.

La persona sentada en el sofá que había frente a Artsivus, que sujetaba con elegancia una copa de oro llena de vino, era una mujer, ataviada con el carísimo y elegante vestido de color azul claro de una habitante de Mirangrado. Una elección bastante audaz en nuestro reino, sobre todo si tenemos en cuenta que la guerra con Miranueh no había llegado a terminar, sino que permanecía en estado latente mientras los dos bandos se recuperaban de las sangrientas batallas que los habían enfrentado cinco años antes. Los miranuehanos no eran mucho más apreciados que el Sin Nombre en Avendoom, pero saltaba a la vista que a la dama eso le importaba un pimiento.

Llevaba el rostro cubierto por un velo que la protegía por completo de mis miradas curiosas. Creo que era la aristócrata a la que viera dos noches antes, durante la memorable velada de mi trabajito en casa del duque Patina. A juzgar por sus joyas, tenía que ser la misma que había pasado a caballo por la estrecha callejuela, escoltada por miembros de la Guardia Real.

Junto a la pared había un hombre armado con una espada de factura caniana. Este caballero examinó mi humilde persona con desdeñosa curiosidad, como si lo que estuviese viendo fuera, en el mejor de los casos, una rata. Sin embargo, *la Rata* era él. Así es como lo llamaban sus enemigos. El conde Alistan Markauz, capitán de la guardia de corps de su majestad Stalkon IX, que había elegido una rata gris para coronar la cresta de su yelmo. Siempre se lo podía reconocer por su pesada armadura de caballero, con una cabeza de roedor grabada en el peto y en el yelmo, que a su vez tenía la forma de una testa de rata. Las lenguas viperinas ase-

guraban que *la Rata* hasta dormía y se bañaba con su armadura, pero me cuesta creer que esto fuera cierto.

Alistan era el mejor espadachín del reino, la roca en la que se apoyaba nuestro queridísimo monarca. Era el jefe de sus servicios de seguridad y un hombre de honor, al menos desde un punto de vista que sólo él entendía, que odiaba y exterminaba a todos aquellos que se atrevían a conspirar contra su glorioso señor. Su vida entera era una rutina militar formada por escaramuzas contra ogros y gigantes junto a la fortaleza del Gigante Solitario, por la guerra contra los orcos de Zagraba y un par de conflictos fronterizos con Miranueh cuando su monarca decidía que había llegado la hora de gestas mayores que un par de choques con los clanes occidentales de los orcos de Zagraba.

Alistan Markauz se había convertido en el hombre que era tras sobrevivir a todas esas batallas: el brazo derecho del rey y uno de los baluartes del trono. El soldado me miró con ojos aceRADOS mientras se mordisqueaba su exuberante y crecido bigote, recortado a la moda de los habitantes de las Tierras Bajas. Respondí a su mirada entornada con expresión agria y luego dirigí mi atención a la cuarta persona presente.

Claro que, cuando digo «persona», estoy exagerando un poco. Allí, observándome con ojos de color azul glaciar, había un trago de piel verde. En serio. Uno de los que viven en los bosques de Zagraba, junto a los orcos y los elfos.

Los tragos son una raza desgraciada y oprimida. No superan en estatura a los gnomos más pequeños. Es decir, me llegan a la altura del ombligo y no más. Desde el albor de los tiempos, los hombres, confundiendo las cosas como siempre acostumbran a hacer, han creído que son aliados de los orcos y así, siglo tras siglo, han intentado exterminar a esta raza, objeto de odio universal por todo Siala.

El sistemático exterminio de la raza de los tragos se llevó a cabo con tal eficiencia que este pueblo antaño multitudinario y pacífico, acostumbrado a sufrir ante las cimitarras de los orcos y las espadas y picas de los hombres, estuvo a punto de ser borrado de la faz del mundo. Y cuando, finalmente, los hombres descubrieron la verdad (es decir, cuando se tragarón su orgullo y le preguntaron a los elfos por el particular), sólo quedaban unas pocas tribus, escondidas en las zonas más profundas de Zagraba con la ayuda de la magia de sus chamanes.

Así empezamos a tomarlos a nuestro servicio. Demostraron ser inteligentes e ingeniosos. Sus pequeñas lenguas de color clarete podían ser muy afiladas, eran habilidosos y ágiles y, por consiguiente, destacaban como mensajeros y espías.

Y, además, la Orden de los Hechiceros sentía mucho interés por el chamanismo de los trasgos, que derivaba de los ritos de los orcos y de los elfos oscuros.

El chamanismo, para el que no lo sepa, es la forma de magia más antigua que existe en el mundo. Apareció en Siala junto con los ogros, la raza más antigua, y, por ello, los magos humanos sienten una tremenda curiosidad sobre la fuente primordial, que pasó de los ogros a los orcos y de éstos a los elfos y luego a los trasgos.

El tipo de la piel verde que había sobre la alfombra era, por cierto, un bufón. Esto lo evidenciaban su gorro de campanillas, las calzas arlequinadas de cuadros rojos y azules y la maza de bufón que sujetaba con su mano verde. El trasgo estaba allí sentado, con sus graciosas piernecillas cruzadas, y, de vez en cuando, al girar la cabeza, las campanillas emitían una alegre melodía.

Al ver que lo observaba con asombro, se echó a reír y me mostró una dentadura brillante y formada por piezas tan afiladas como agujas. Sorbió por su larga y aguileña nariz, me guiñó un ojo azul y me sacó la lengua de color clarete. ¡Excelente! ¡Justo lo que necesitaba para alegrarme el día!

Transferí mi mirada al último desconocido que quedaba en la sala, sentado en un sofá frente al lugar donde se había colocado el trasgo. A primera vista, tenía el aspecto de un posadero adinerado. Bajo y rollizo, calvo y con unas manitas pulcras y bien cuidadas. Y su ropa era más que modesta. Una simple pelliza de lana gruesa, más apropiada para los fríos de enero, del tipo de las que tejen los campesinos que viven a la sombra de la fortaleza del Gigante Solitario. Me pregunté si le daría calor.

En conjunto, el hombre que había ante mí era completamente vulgar y corriente. Sobre todo si uno no se fijaba en el grueso anillo de oro con un rubí engarzado que llevaba en la mano derecha, ni en sus ojos. Aquellos ojos castaños rebosaban inteligencia, acero y poder. El poder de un rey.

Hice una profunda reverencia y me quedé allí parado.

–Bueno –dijo Stalkon IX con una voz profunda y resonante.

Era la voz que había oído cuando me introdujeron en la habitación.

–¿Así que éste es el famoso ladrón conocido por todo Aven-
doom? ¿Harold *el Sombra*?

–Así es, majestad –respondió obsequioso el barón Lanten,
que se había colocado a mi lado.

–Vaya. –El rey dio unas palmaditas en la cabeza a su bufón y
este ronroneó de placer, imitando a un gato–. Te has dado prisa
en encontrarlo, Frago. Mucha más de la que esperaba. Gracias.

El barón inclinó la cabeza con modestia y se llevó una mano
al corazón, aunque cualquier idiota se habría dado cuenta de que
estaba absolutamente encantado con la alabanza.

–Esperad fuera, barón, si tenéis la amabilidad –dijo el archi-
mago Artsivus, entre toses, desde su silla.

El comandante de la guardia volvió a hacer una reverencia,
salió y cerró con firmeza tras de sí.

–He oído hablar mucho de ti, Harold –dijo el rey mientras me
miraba a los ojos.

–No creía que mi reputación fuera tan grande, majestad.
–Me sentía incómodo en presencia de las principales figuras del
Estado.

–Ah, qué audaz –declaró el bufón con su voz chirriante,
mientras me miraba con una mueca y giraba los ojos en direc-
ción a su nariz.

–Y qué modesto –dijo la mujer misteriosa con una carcajada
mientras recorría con un dedo de su mano enguantada el borde
de su copa de cristal.

Yo me sentía como una vaca en el mercado, entre varios cam-
pesinos dispuestos a pujar por ella.

–Toma asiento, Harold –dijo el rey mientras hacía un gesto
gracioso en mi dirección, así que me senté en un sillón con un
respaldo alto y tallado en el que se representaba algún episodio
de la batalla del Campo de Sorna.

–Con tu permiso... –dijo el monarca con despreocupación,
al tiempo que cogía mi ballesta de la mesita que había junto a su
asiento.

El cuchillo, las ganzúas y la navaja también se encontraban allí.

–¿Factura enana?

Sin darme siquiera tiempo a responder, su majestad apuntó
con el arma a la antiquísima armadura que había en el rincón más
lejano de la sala y apretó el gatillo. La cuerda tañó y el proyectil
silbó mientras volaba en línea recta hacia la celada del yelmo.

El bufón empezó a dar palmas en una caricatura de aplauso. Stalkon sabía manejar un arma. En general, había muchas cosas que se le daban bien. Sobre todo, conducir un reino con mano firme. El pueblo llano lo adoraba, a pesar de que había sofocado sin contemplaciones las diversas rebeliones que habían estallado en tiempos de hambruna. Y todo el mundo sabía que, además de la corona, su majestad había heredado la sabiduría de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo. El poderoso intelecto de la dinastía de los Stalkon era legendario en todo el país.

No había subido los impuestos en exceso, aunque tampoco los había reducido a niveles ridículos. Había aliviado el control real sobre mercaderes y comerciantes, pero había organizado las cosas de tal modo que, para comerciar en Valiostr, tuvieran que pagar aranceles. También recibía dinero de los gremios de los ladrones y de los asesinos. No oprimía a las razas que se mostraban amistosas con los hombres, cosa que ellas pagaban, si no con amistad, al menos con tolerancia hacia los humanos y con el acatamiento de las leyes del reino.

El único error del rey, al menos según sus enemigos, era su empeño en una alianza con los gnomos: cuando se firmó, los enanos cortaron las relaciones con Valiostr y se encerraron en sus montañas. Como es natural, una pequeña comunidad de ellos había permanecido en Avendoom, básicamente los más codiciosos, con la idea de obtener aún más oro por sus ya caras mercancías, a pesar de que también ellos desaprobaban el hecho de que los humanos hubieran llegado a un acuerdo con los enemigos tradicionales de su raza. En esta cuestión, sin embargo, yo estaba del lado del rey. Si había que elegir entre las espadas que los enanos forjaban para los habitantes más ricos del reino y los cañones que nos ofrecían los gnomos, lo lógico era optar por lo más barato y más eficaz en el campo de batalla: los cañones.

—Un juguete interesante. Pero no estamos aquí para hablar de tu ballesta —dijo el rey mientras volvía a dejar el arma, ahora descargada, sobre la mesita—. ¿Podrías decirme, ladrón, cómo llegó este objeto a tus manos?

El alegre bufón sacó una estatuilla de oro con forma de perro de detrás del sillón y me la mostró. Al instante, un sudor frío y pegajoso me bañó la espalda. Aunque logré adoptar una expresión de educado respeto como única respuesta, una nota de pánico se transmitió a mi voz. En las manos del trago, se

encontraba el objeto sustraído en la casa del duque. Así que allí era donde lo habían llevado los hombres de Gozmo. ¡El viejo Gozmo! Si volvíamos a encontrarnos, tendría algunas cosas muy desagradables que decirle.

Ahora, todas las pistas apuntaban hacia mí. Estaba implicado en un crimen contra la corona. Si salía de aquello descuartizado, podía considerarlo una prueba de la gracia de los dioses y de la misericordia del rey. ¡Si sólo me descuartizaban! Decidí que lo mejor era no decir nada y escuchar.

–Listo y cauto. Cualidades poco frecuentes –dijo la mujer mientras me estudiaba desde detrás de su grueso velo.

El bufón se rió por lo bajo de un chiste que sólo él parecía entender y correteó por la sala. Entonces, con la estatuilla aún aferrada en la mano, se detuvo junto a Alistan, copió su pose y su expresión seria y, colocando la mano sobre la cabeza del perro de oro, lo transformó en una espada improvisada. Estuve a punto de echarme a reír. Realmente se parecía mucho a *la Rata*, sólo que mucho más gracioso. El trago se ganaba el sueldo, era innegable.

–Fue decisión nuestra, Harold, que te encontraras en la casa de mi muy querido y ahora muerto pariente. Antes de decidir si estabas preparado para determinado trabajo, teníamos que ponerte a prueba. ¿Y qué escenario mejor que la casa de mi primo, con un garrincho suelto de noche? ¿No estás de acuerdo?

–La cámara del tesoro real habría sido aún mejor –acerté a decir.

Harold *el Sombra* no tenía nada más que perder. De todos modos, ya era evidente que por la mañana emprendería el viaje a Piedras Grises. Una vez más, anoté para mis adentros que, a la menor ocasión, mantendría una conversación con Gozmo para agradecerle que me encomendara aquel «Encargo».

–¡Oh! ¡Harold *el Sombra* tiene una lengua viperina! –graznó el trago.

Le lancé una mirada cáustica, pero él se limitó a reírse burlescamente y a sacarme de nuevo la lengua.

–Ya lo sé, Kli-Kli –replicó Stalkon dirigiéndose a su bufón. Entonces cogió mi cuchillo, lo desenvainó, lo estudió y al fin preguntó tranquilamente–: ¿Qué pasó en la casa aquella noche? ¿Cómo murió el duque?

Me tragué la saliva que había estado acumulándose en mi boca y relaté la historia bajo la atenta mirada de cinco pares de

ojos. Nadie me interrumpió. El archimago Artsivus parecía estar dormitando en su silla y, lo que resulta aún más significativo, hasta el rostro del trasgo estaba pensativo y atribulado. Cuando terminé, un opresivo silencio se apoderó de la sala, quebrado tan sólo por el discreto crepitar del fuego en el hogar

–Ya os dije, majestad, que no confiarais en el duque –estalló Alistan con voz furiosa. Por alguna razón, había dado crédito a mi relato, y sus ojos echaban chispas de cólera–. Doblaré la guardia.

El rey se frotó la barbilla con aire pensativo y me estudió detenidamente durante un buen rato antes de decir nada. Al fin, asintió bruscamente con la cabeza, como si hubiera tomado una decisión.

–Hablabamos luego sobre mi seguridad, buen Alistan. Pero antes tengo una propuesta para nuestro invitado. Harold, ¿sabes quién es el Sin Nombre? –preguntó Stalkon para mi completa sorpresa.

–El mal y la oscuridad encarnados. –La pregunta me había dejado perplejo.

El Sin Nombre, el Sin Nombre. Un nombre que usaban tus padres para asustarte de niño, cuando no querías irte a la cama a tu hora.

Alistan resopló, como si fuera justo la respuesta que cabía esperar de un ladrón.

–Eso depende de cómo entiendas esas palabras –dijo el monarca–. El mal. Hum... Pero ¿eres consciente de que, fuera de Valiostr, al Sin Nombre sólo lo conocen en el Reino Fronterizo, y sólo porque los orcos gritan su nombre cuando atacan nuestras tierras? Bueno, y puede que en Isilia, y quizá en Miranueh, pero allí, el Sin Nombre no es más que un cuento de brujas. No representa el mal puro, ni desde luego la oscuridad. No es más que un mago muy poderoso que vive en las Tierras Desoladas y que lleva mucho tiempo soñando con ver Valiostr reducido a cenizas.

–Con la venia... –dijo el archimago rompiendo su silencio por primera vez en toda la conversación–. Joven, permite que te cuente una leyenda que no es realmente una leyenda, sino la pura verdad... Hace quinientos años, más o menos, cuando nuestro reino no era aún tan grande ni tan poderoso, había dos hermanos en Avendoom. Uno de ellos era un glorioso general y el otro un mago de talento que estudiaba los diversos aspectos del chama-

nismo. En aquel tiempo, la magia, que aún era un arte misterioso para los hombres, experimentaba un proceso de constante desarrollo. Estábamos aprendiendo de las experiencias de los elfos oscuros, los orcos y los trasgos. Más tarde, añadimos nuestras propias aportaciones para crear la magia que utilizamos ahora. Por desgracia, la magia de la piedra que utilizan los gnomos y los enanos no está a nuestro alcance. Hum... Me estoy desviando... Todo ocurrió el último año de los Tiempos Silenciosos, como se conoce hoy en día a ese período. El general Grok... Supongo que conocerás el nombre, ¿no?

Asentí. Todo el mundo conocía la plaza de Grok y la estatua del general. El anciano emitió un gruñido de aprobación, se puso más cómodo en su asiento y luego continuó con su relato:

—En el último año de los Tiempos Silenciosos, un ejército de orcos cayó sobre la ciudad y trató de tomarla al asalto. Las famosas murallas de Avendoom aún no existían por entonces y Grok, al mando de los pocos miles de soldados que aún sobrevivían tras las numerosas batallas, intentaba contener el asalto del enemigo que habían vomitado los bosques de Zagraba. Mmm... Su hermano no acudió en su ayuda. Ignoro el porqué. Desgraciadamente, la historia guarda silencio al respecto. Una pelea, envidia, una enfermedad, algún accidente estúpido... Fuera cual fuese la razón, el mago más poderoso de aquella época no acudió a ayudar a nuestros ejércitos. Pero, a pesar de ello, Grok y sus hombres resistieron. Mantuvieron sus posiciones hasta la llegada de los elfos oscuros. A esas alturas, el ejército de Valiostr había quedado reducido primero a unos pocos miles de hombres y al fin a poco menos de cuatrocientos. Tras la victoria, el mago fue detenido y ejecutado por traición...

El anciano dejó de hablar y contempló el fuego con ojos llorosos.

—¿Cómo se llamaba aquel mago? —pregunté, intrigado.

—Llevaba el mismo nombre que su hermano gemelo: Grok. Fue una desgracia para la Orden de los Hechiceros. Una desgracia terrible. Borrarnos su nombre de todos nuestros documentos. Así pasó a conocerse como el Sin Nombre. Pero logró sobrevivir. O, más bien, lo hizo su espíritu. En vida, el mago había estudiado la *Kronk-a-Mor*, la prohibida hechicería de los ogros. El uso de esta forma de chamanismo permite al espíritu de un hombre que ha muerto sobrevivir durante algún tiempo y luego trasladarse

a otro cuerpo. Y eso fue lo que ocurrió. Se marchó al norte, al interior de las Tierras Desoladas, trazando planes de venganza. El poder de la *Kronk-a-Mor* era tan grande que los ogros, los gigantes y algunos orcos reconocieron como amo y señor al Sin Nombre. Aunque, para serte sincero, tengo muchas dudas con respecto a los orcos. Son una raza demasiado astuta e independiente. Lo más probable es que, si se comportan como bárbaros crueles e invocan al Sin Nombre cuando atacan a sus enemigos, sea porque les conviene. ¡Alta política, lo llaman las casas de los elfos! Pero los ogros, los gigantes y algunos humanos están entregados en cuerpo y alma al Sin Nombre. Estos enemigos de Valiostr habrían abandonado tiempo atrás sus tierras para hacernos la guerra si no los hubiese contenido la fortaleza del Gigante Solitario. Y a pesar de que el Sin Nombre ha conseguido alcanzar la vida eterna, de momento no se ha atrevido a invadir Valiostr, porque anulábamos su poder... O, al menos, así era hasta que se desbarató el equilibrio.

–Bueno, muy bien... –empecé a decir. Había algo que no encajaba en su relato—. Ogros, orcos, gigantes... ¿Y esas criaturas sanguinarias que acechan por las calles de noche? ¿También sirven al Sin Nombre? ¿Y el misterioso Amo mencionado por el duque?

–No lo sé –dijo el mago frunciendo el ceño—. Puede que sean servidores del Sin Nombre, o puede que de otro, escapados de las profundidades cuando se desbarató el equilibrio de la fuente de la magia.

–Por cierto –lo interrumpió el rey–, ¿cuánto tiempo más tendrán que sufrir mis súbditos la presencia de esas repulsivas criaturas?

–El Consejo está haciendo absolutamente todo lo posible, majestad. Hemos preparado un hechizo, y a finales de esta semana, ni una sola criatura de la noche podrá entrar en nuestra ciudad. Al menos, eso es lo que espero.

–¿Por qué no destruye al Sin Nombre el Consejo de los Hechiceros? –pregunté para devolver la conversación a su tema original.

–La *Kronk-a-Mor* otorga protección al exiliado. Por desgracia, no sabemos nada sobre el chamanismo de los ogros. Y ahora es muy poco probable que lleguemos a entenderlo jamás. El Sin Nombre ha esperado durante siglos, mientras acumu-

laba poder y reunía sus ejércitos. Sólo el Cuerno del Arco iris, una poderosa reliquia del pasado que los elfos regalaron a Grok tras arrebatárselo a los ogros, ha contenido al Sin Nombre y su ejército más allá de las montañas de la Desesperación. Los elfos dicen que los ogros lo crearon para contrarrestar su propia magia, para neutralizar la *Kronk-a-Mor* si llegaba a escapar de su control. El Cuerno del Arco iris es la razón de que el Sin Nombre nunca se haya atrevido a hacernos la guerra. De algún modo, neutraliza totalmente su magia... –Artsivus comenzó a toser–. Mientras el Cuerno conserve su poder, el Sin Nombre no se atreverá a atacar el Gigante Solitario. ¿Qué puede hacer sin su magia?

–No hay que identificar a ese mago con la oscuridad –continuó el rey–. No es más que un hechicero de mucho talento, que ha usado sus conocimientos y ahora quiere vengarse por haber sido ejecutado. Simplemente, el odio lo ha desequilibrado un poco. Y como el paso del tiempo ha ido debilitando la fuerza del Cuerno, el Sin Nombre comienza a levantar la cabeza. Estoy convencido de que el enemigo no tardará en asestar un golpe contra nuestro reino.

–Está a punto de atacar –dijo Alistan en voz baja–. Los exploradores elfos nos informan de que el Sin Nombre está preparando sus ejércitos para una campaña. Miles de gigantes, ogros y otras criaturas acuden a su llamada desde todos los confines de las Tierras Desoladas. En el ducado Cangrejo, las herrerías no descansan ni de día ni de noche. La próxima primavera, o puede que antes, el Sin Nombre y sus fuerzas estarán ante las murallas de la ciudad. El Gigante Solitario no resistirá y ni siquiera podemos enviarles refuerzos.

Stalkon asintió.

–Los orcos se aprovecharían de ello al instante. Nos atacarían por la retaguardia y Miranueh tampoco muestra una actitud demasiado pacífica. La única ayuda posible podría llegar de los elfos oscuros y del Reino Fronterizo, pero si los orcos se deciden a atacar, invadirán también sus tierras. Es poco probable que el Sin Nombre entre en otras regiones, así que no podemos esperar ayuda de Garrak, del Imperio, ni de Filandia. Isilia, como siempre, se mantendrá neutral y a la espera, sin intervenir. Miranueh se frotará las manos de satisfacción. Sólo contamos con nuestras propias fuerzas.

—Y no sólo el Sin Nombre ha abandonado su inactividad recientemente —dijo el hechicero—. Los orcos empiezan a levantar la cabeza en el bosque de Zagraba; en las montañas, los trolls han empezado a atacar los asentamientos de los enanos y dicen que se ha avistado a un dragón en las fronteras del sur. ¡Un dragón! Hacía más de doscientos años que no se acercaba ninguno a las fronteras de nuestro reino. El mundo se encuentra a las puertas de una guerra. Una guerra terrible.

—He ordenado que se reclute un ejército —dijo el rey con expresión preocupada—. Hacia finales de año, espero poder alinear a no menos de cincuenta mil hombres para hacer frente al Sin Nombre. Habrá que dejar algunos en las fronteras con Zagraba y Miranueh. Y luego está la milicia, aunque sólo es un recurso desesperado. Tenemos que anunciar una leva, pero mucho me temo que eso provocará el pánico, los precios se pondrán por las nubes y empezarán a llegar refugiados. Gracias a los dioses que los elfos oscuros están de nuestro lado, así como los gnomos y sus cañones.

—Os ruego me perdonéis, majestad, no... no albergo duda alguna por lo que a los gnomos se refiere. Arrojadles un saco de monedas y le declararán la guerra a sus propias madres, pero los elfos... ¿Estáis seguro de ellos?

—No hay necesidad de mentir —dijo la mujer mientras se retiraba el velo de la cara—. Yo misma he visto el ejército del Sin Nombre preparándose para la guerra más allá de las Agujas de Hielo.

Me quedé boquiabierto. La persona que estaba mirándome era una elfa. Una auténtica elfa oscura.

El fascinante encanto de los elfos lo inventó el mismo cuentista al que se le ocurrió la sed de sangre de los trasgos. Sólo en los cuentos de hadas las elfas son hermosas; sólo en ellos son inmortales; sólo en los cuentos de hadas tienen el pelo dorado, los ojos verdes, la voz melódica y unos andares livianos y casi flotantes. Y sólo en los cuentos de hadas los elfos son sabios, sinceros, justos y caballerosos. En la vida real...

En el mundo real, alguien que no estuviera bien informado podría tomar a un elfo del bosque de Zagraba o de l'alyala por un orco. Porque la celestial belleza atribuida a los elfos por los borrachos que inventan cuentos de hadas sencillamente no existe.

Bueno, como es lógico, existen algunos rostros atractivos incluso en esta raza pero, desde luego, en su conjunto, no son

epítome de belleza. Los elfos parecen gente normal, excepto por su piel morena, sus ojos amarillos, sus labios negros y su cabello ceniciento. Y los colmillos que les sobresalen por debajo del labio inferior inspiran temor hasta al menos sofisticado de los palurdos y al más fantasioso amante de los cuentos de hadas.

No creáis en el buen corazón de los elfos. Un día, si tenéis mala suerte, puede que estéis presentes en una sesión de tortura élfica, cuando aplican la Hoja Verde a sus parientes más cercanos, los orcos.

Así es. Los orcos y los elfos aparecieron en Siala el mismo año. Pero los orcos llegaron un poco antes, cosa que los del cabello ceniciento jamás les han perdonado. Aparte de los ogros, estas dos razas fueron las primeras que los dioses trajeron a Siala. A la raza de los orcos la dotaron de orgullo y furia, y a la de los elfos de astucia e ingenio. Pero las dos recibieron otro presente: el odio. Aun en nuestros días siguen haciéndose la guerra, matándose unos a otros a miles de millares en batallas sanguinarias que tienen lugar en los infinitos bosques de Zagraba.

Los gnomos y los enanos, los doralissios y los hombres, los centauros y los gigantes, así como todas las demás razas de Siala, aparecieron más tarde. Pero los primeros en llegar fueron los hijos del fracaso: los orcos y los elfos. Más tarde, los elfos se dividieron en elfos de la luz y elfos de la oscuridad, cuya única diferencia es que los segundos usan el chamanismo y los primeros la hechicería.

Los elfos de la luz y los de la oscuridad no son hostiles entre sí. Simplemente, se miran con una considerable dosis de desprecio. Incluso ahora, los elfos oscuros no pueden entender por qué sus parientes utilizan una magia extraña, en lugar de la que es propia de su raza. Hace unos dos mil años, descubrieron que eran incapaces de vivir juntos, así que se separaron. Los elfos oscuros permanecieron en los bosques de Zagraba, mientras los de la luz se mudaban a los lejanos bosques de P'alyala, que se encuentran a los pies de la Cresta del Mundo.

—Permite que os presente, Harold —dijo el rey mientras señalaba a la elfa—. Ésta es la señora Miralissa, de la casa de la Luna Negra.

Me incliné con ciertas reservas. Un nombre terminado en «ssa» indicaba que la elfa pertenecía a la familia suprema de la casa. En otras palabras, que era un personaje de sangre real.

–Encantado de conoceros, señora.

–Lo mismo digo.

–Las formalidades pueden esperar –declaró el rey–. Disponemos de muy poco tiempo y tú, Harold, vas a tener que ayudarnos.

–¿A detener al Sin Nombre? –pregunté con escepticismo.

Si era así, el rey o sus consejeros habían perdido realmente la chaveta.

–Sí –dijo el archimago.

¡Así que todos los presentes en aquella sala estaban majaretas!

Alistan me observaba detenidamente, tratando de descubrir el menor indicio de burla hacia su rey. Me contuve. Me costó, desde luego, pero me contuve. Kli-Kli no. El trasgo prorrumpió en carcajadas y cayó sobre la alfombra con las manos en la tripa.

–¡El futuro del reino en manos de un ladrón! ¡Cuidado que no lo robe!

Personalmente, no me pareció nada afortunado el comentario.

–Silencio, Kli-Kli –dijo Alistan con voz severa sin dejar de observarme un solo instante.

–Muy bien, refrenaré mi lengua, me arrepentiré y moriré. –El trasgo abrió los brazos en un gesto dramático.

–Por descontado, me siento halagado por este honor –comencé con cautela, tratando de no provocar a aquella pandilla de lunáticos–. Pero ¿no os parece que tengo bastante menos poder y experiencia que la Orden y los Corazones Salvajes, y que me será bastante difícil detener a ese mago por mí mismo?

El trasgo se rió con disimulo y volvió a desplomarse sobre la alfombra.

–¡Oh, Harold! –dijo el bufón derramando lágrimas de verdad–. No sólo eres audaz y listo, sino también petulante.

–Entonces ¿en qué consistirá mi tarea, majestad? –pregunté para seguirles el juego, mientras esperaba el momento en que, con un poco de suerte, me dejaran ir.

Entonces huiría de allí. Me daba igual adónde. Cualquier sitio me serviría, incluso el Sultanato, mientras estuviera lo más lejos posible. En un país donde no hubiese reyes locos, bufones dementes y magos seniles que tendrían que estar en un asilo.

–Necesitamos el Cuerno del Arco iris –dijo la elfa–. Es la úni-

ca cosa que puede detener al Sin Nombre. Sospecho que ni siquiera el ejército del rey podrá detener a las huestes de las Tierras Desoladas.

–¿El Cuerno del Arco iris? –repetí estúpidamente–. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

–Ya te lo he explicado –dijo Artsivus con una mueca de fastidio–. ¿Es que el miedo te afecta al oído?

–Debes entender esto, Harold. La magia de los ogros no es perfecta y, en muchos aspectos, es bastante tosca, a pesar de que es muy poderosa, pero las leyes del equilibrio... –La elfa apretó sus labios negros en un gesto de amargura, lo que dejó aún más al descubierto sus colmillos–. A medida que pasa el tiempo, el Cuerno va perdiendo sus propiedades mágicas. Hay que...

–Reactivarlo –intervino el archimago mientras observaba las llamas que consumían alegremente la leña en el hogar.

–Sí, cargarlo mágicamente cada cierto tiempo. De lo contrario, sus poderes especiales se evaporarán. El Cuerno está debilitándose en este mismo momento, por eso el Sin Nombre ha comenzado a actuar tras las Agujas de Hielo. Necesitamos que consigas el artefacto para la Orden.

–¿Queréis decir que no lo tenéis? –pregunté con asombro.

–De eso se trata precisamente, de que no lo tenemos –exclamó *la Rata* con furia–. Y todo gracias a la estupidez de la Orden.

–¡La Orden actuó por las mejores razones! –repuso inmediatamente el archimago.

–¡Muy bien, pues ahora mismo las estamos pagando!

–¡Vuestro trabajo, señor Alistan, es proteger la vida del rey y empuñar las herramientas de hierro que soléis utilizar, no interferir en los asuntos de la Orden! –El anciano estaba, literalmente, hirviendo de indignación y su barba se meneaba de un modo que me recordaba a un doralissio al que le hubieran robado su caballo favorito.

–¡Ya basta! –terció el rey con furia. Ya no parecía un amable posadero–. Explicadle al ladrón su misión.

–Hace unos trescientos años –comenzó Artsivus con voz monótona mientras dirigía una mirada hostil al capitán de la guardia desde debajo de sus tupidas cejas grises–, el Consejo de la Orden decidió usar el Cuerno para aniquilar la *Kronk-a-Mor*, que permite al Sin Nombre mantenerse en este mundo. Pero no... no lo logramos del todo.

Alistan resopló de forma audible.

—¡Deberíamos enviar a su excelencia a Miranueh como embajador! Puede que así consiguiéramos las tierras en disputa. No lo logramos del todo... —El bufón se rió entre dientes mientras saboreaba las últimas palabras, pero entonces se encontró con la mirada severa del mago y cerró la boca.

—Sí... El intento fue infructuoso. Tratamos de utilizar la magia de los ogros, de la que no sabíamos absolutamente nada. Cortamos el flujo de poder en el punto equivocado o desplazamos un operón varios grados con respecto a la quinta posición astral... Mmm, sí... —Artsivus se dio cuenta de que se había extraviado por un tupido jardín que era completamente impenetrable para todos los demás—. Perdimos el control y una repentina descarga de magia cayó sobre Avendoom. O más bien, sobre parte de ella. La parte que hoy en día se conoce como el Territorio Secreto.

—De modo que así fue como apareció... —murmuré arrastrando las palabras.

—¿Comprendes la gratitud que sentirían los habitantes de la gloriosa capital de Valiostr si se enteraran de quién fue el responsable de que apareciera la Mancha en el mapa? —El trasgo abrió los ojos de par en par, transformándolos en dos pequeños lagos azules.

El archimago suspiró profundamente. Estaba claro que yo no era el único que estaba hasta el gorro del bufón. Luego continuó:

—La Orden decidió alejar el Cuerno lo máximo posible de la capital. Después de recargarlo, lo llevaron al sepulcro de Grok y lo dejaron allí. Y ésa es toda la historia.

—¿Y queréis que saque el Cuerno de la tumba? —pregunté asombrado—. Pero ¿para qué me necesitáis? ¡Cualquier sepulturero con una pala podría hacer algo tan sencillo como eso! Y, por cierto, ¿dónde está enterrado Grok?

Un silencio tenso y opresivo se apoderó de la sala. La elfa y Artsivus intercambiaron sendas miradas de asombro. El conde de *la Rata* esbozó una sonrisa ladeada y me miró con desdén. Me volví hacia el bufón y vi que me observaba con la boca abierta, sumido en un diplomático silencio. El rey era el único que seguía impertérrito. Jugueteaba con el cuchillo entre sus manos y, de vez en cuando, me lanzaba una mirada de soslayo y trataba de decidir si estaba haciéndome el tonto deliberadamente.

–Mmmm. Joven, ¿sabes algo de historia? –preguntó el mago con cautela.

–La historia me resulta tan útil como un *h'san'kor*. Soy un ladrón, no una vieja erudita. –Empezaba a cansarme de verdad de aquellas bufonadas.

Desde luego, aquellos sujetos sabían como sacarlo a uno de sus casillas.

–Seguramente, ni siquiera sepa leer –declaró el trago con voz pomposa.

Ignoré el comentario.

–El Cuerno está enterrado con Grok en los Palacios del Hueso, Harold –dijo la elfa en voz baja, y se estremeció como si un viento frío llegado de más allá de las montañas de la Desesperación acabara de rozar su piel morena.

En ese momento, al fin, rompí a reír a carcajadas, al comprender que aquellos cinco lunáticos estaban tratando de tomarme el pelo.

–Se ha vuelto loco –dijo el bufón en respuesta a mis carcajadas, mientras sacudía su cabeza verde con aire consternado y las campanillas de su gorro tintineaban tristemente.

–Están bromeando, ¿no es así, majestad? ¡Tienen que estar bromeando! ¿Y por qué Hrad Spein? ¿No me sería más fácil firmar de nuevo el Trato de Vastar e invitar a los dragones a proteger nuestra amada patria? ¿O domesticar un *h'san'kor* para vos? ¡Creedme, podría hacer estas cosas mucho más fácil y rápidamente que visitar Hrad Spein!

–No están bromeando –dijo el rey con voz seria y la risotada que estaba preparándose se me encalló en la garganta.

«¡Pues qué maravilla! Lo único que tengo que hacer es bajar a Hrad Spein para recuperar una especie de estúpido sello mágico...»

–Necesitamos ese Cuerno, maese Harold –dijo la elfa con la misma voz delicada que habría utilizado si estuviera hablando con un niño caprichoso–. Y lo necesitamos urgentemente, antes de que llegue el invierno.

–Pero ¿por qué yo?

–Porque sólo un hombre astuto y lleno de recursos podría pasar por donde un ejército de soldados y magos quedaría atrapado. El mejor ladrón del reino, por ejemplo. Sí, sí. No finjáis modestia. Sabemos más de vos de lo que pensáis.

—¿Significa esto que otros han intentado ya conseguir el Cuerno?

—¡Por cien mil demonios, sí! —Alistan abrió y cerró los puños varias veces—. ¿Realmente crees que recurriríamos a un ladrón si hubiera algún otro modo de entrar en esas malditas catacumbas? Enviamos la primera expedición en invierno. De los que bajaron a las cavernas, no regresó ni uno y los que estaban esperando arriba fueron masacrados por los orcos. El segundo grupo partió a principios de la primavera. A la vista del fracaso del primero, esta segunda expedición estaba formada por más de cien hombres. Soldados expertos, ocho magos y varios elfos oscuros, que hicieron las veces de guías en los bosques de Zagraba... ¡Y, que se me lleven los demonios, no consiguieron nada! Ochenta hombres bajaron a las cámaras funerarias y sólo salió uno, con el pelo blanco como una lechuza de la nieve y completamente loco. Los restos de la segunda expedición llegaron a Avendoom hace una semana. Los ocho magos se quedaron atrás, bajo tierra. Junto con otros setenta y un hombres... ¡la mitad de los cuales eran soldados míos!

—Así que habéis decidido que un ladrón podría triunfar donde fracasó un centenar de hombres —resumí.

«Magnífico. Los peces gordos no han conseguido hacer lo imposible y ahora pretenden que un mísero ladrón les haga el trabajo. Me pregunto a qué brillante mente se le habrá ocurrido la idea.»

—¿Puedo negarme? —Era una pregunta meramente retórica, como le gustaba decir al hermano For.

—Sí, el barón Lanten espera al otro lado de la puerta. Puede llevarte ahora mismo a Piedras Grises —rió Alistan.

«Entendido. Así están las cosas. O me arriesgo en Hrad Spein o me pudro en Piedras Grises. ¿Quién puede saber cuál de las dos alternativas es preferible? Si fuera yo, creo que elegiría Piedras Grises, pero también podría tratar de engañar al consejo de los lunáticos.»

—Acepto —dije con un asentimiento de cabeza, mientras me levantaba de mi asiento—. ¿Puedo irme ya a cumplir con mi misión?

Al menos parecía que tenía una oportunidad de cortar la soga y escapar antes de que me colgaran del cadalso.

—Claro —dijo el rey con un leve ademán, y en su enorme anillo se reflejó la luz de una de las velas—. ¿Aceptas el Encargo?

Al oír esto volví a sentarme. Creía que iba a poder engañarlos, pensaba que era una anguila escurridiza, pero eran ellos los que me habían engañado a mí.

Cuando un maestro de ladrones realiza una misión para un cliente, acepta un Encargo, lo que crea un vínculo entre el bribón y el cliente más fuerte que ninguna promesa de oro. Al aceptar el Encargo, el ladrón se compromete a llevarlo a cabo o, en su defecto, a devolver el dinero pagado, junto con un interés sobre el valor del montante total, mientras que el cliente se compromete a pagar la totalidad de la tarifa una vez cumplida la misión.

El Encargo es un contrato inviolable entre el maestro de ladrones y su cliente. Y no se puede quebrantar, romper ni anular sin el permiso de las dos partes. Como dicen los maestros, puedes engañar hasta a la oscuridad y romper un contrato firmado con ella, pero no puedes hacerlo con Sagot. El castigo sería inmediato: algo así como que te sorprendan con las manos en la masa en medio de un robo o te encuentres de repente en prisión. Sencillamente, la suerte le dará la espalda al cazador nocturno, o tropezará con un cuchillo en una callejuela totalmente segura. Y al cliente tampoco le irán bien las cosas si se niega a pagar sin una buena razón. El patrono de los ladrones no presta mucha atención a los actos de los rateros y los criminales de poca monta, pero sí a los de los maestros ladrones que actúan siguiendo principios sólidos y fiables.

Negarse a realizar el Encargo significaba confesar que había mentido al decir que estaba dispuesto a cooperar, es decir, que me enviarían a la celda más incómoda de Piedras Grises, con unas estupendas vistas al mar Frío. Aceptar significaba que no podría huir, porque el Encargo no me lo permitiría. No había forma de escapar.

—¿Cuáles son los términos? —pregunté a Stalkon con voz apagada.

—Debes traer el Cuerno del Arco iris a la capital antes de enero.

—¿Y el pago?

—Cincuenta mil monedas de oro.

—¿Y la fianza? —pregunté tratando de mantener la voz calma.

«Cincuenta mil... Bueno, no es que sea la mitad del reino ni la mano de la princesa del cuento, pero ofrece muchas posibilidades... Varias generaciones podrían vivir cómodamente de ese

dinero. El patrimonio de algunos barones y condes no llega ni a la tercera parte de la suma propuesta.»

—¿Cuánto quieres?

Pensé un momento, titubeante.

—Con cien será suficiente.

—Tendrás el dinero en cuanto salgas de palacio. Por cierto, no te dejes tus juguetes. ¿Algo más?

—Querría que pronunciarais la fórmula oficial. Esto es, si vuestra majestad está familiarizada con ella.

—Solicito a Harold *el Sombra* que acepte mi Encargo —dijo el rey. Era la fórmula oficial de un contrato entre ladrón y cliente.

—Y yo acepto el Encargo —suspiré.

—Lo hemos oído —dijo la elfa con un destello de sus colmillos, antes de cubrirse de nuevo la cara con el velo.

No hubo rayos y truenos. Simplemente, en algún lugar, Sagot anotó lo que se había dicho. A partir de entonces vigilaría detenidamente para asegurarse de que se observaban las condiciones del contrato. O si no lo hacía él, lo harían sus servidores. Lo importante era que el Encargo había que cumplirlo. Aunque me costara la vida, tendría que hacerlo, porque no hay forma de escapar al destino. Tratar de incumplir el Encargo era absolutamente imposible. No podía ir a Hrad Spein, ocultarme cerca de la entrada y luego decir: lo siento, lo he intentado, pero nada. Cuando decían que Stalkon era listo tenían razón. Me había cerrado todas las vías de escape ofreciéndome una gran suma de dinero. Y si no conseguía cumplir con la misión, tendría que devolver la fianza y un gran porcentaje del total en concepto de intereses. No tenía tanto dinero. Lo cual quería decir que quebrantaría los términos del Encargo.

—¡Enhorabuena, Harold! —Kli-Kli hizo una elegante reverencia en mi dirección—. Ahora trabajas para el rey.

—Tengo algunas preguntas.

La palabra «majestad» había quedado apartada por el momento. Ahora sólo estábamos un cliente, un maestro de ladrones y Sagot, observándonos desde el cielo o desde donde sea que viva.

—¿Sí?

—¿Voy a ir solo?

Por un instante se me pasó por la cabeza la idea de que, si

iba solo, nunca conseguiría llegar. O me perdía en los bosques de Zagraba o me mataban a golpes por el camino.

–No, pero hemos decidido que, esta vez, la expedición debe ser reducida y viajar en secreto. Alguien estaba espionando las anteriores. Siervos del Sin Nombre o de otro de nuestros enemigos. Nunca encontramos a los informantes.

–¿Cómo de reducida? –pregunté con el ceño fruncido.

–La dama Miralissa y dos de sus compatriotas serán tus guías en el bosque y te protegerán con su magia...

–¡Alto! –Me daba igual haber interrumpido a un rey. Alistan frunció el ceño, pero no le presté la menor atención. En un Encargo, todos somos iguales–. Habéis mencionado la magia... ¿Cuántos magos de la Orden vendrán con nosotros?

–Ni uno sólo –replicó Artsivus bruscamente, aprovechando la ocasión de dar rienda suelta a su desprecio.

Hice una pausa, me revolví el cabello en un gesto nervioso y dije:

–Me pareció oírlos decir que...

–Ni uno –repitió el archimago con la misma firmeza–. Ya hemos perdido a ocho de los mejores en esos malditos Palacios del Hueso. Necesitaremos a todos los magos en las murallas de la ciudad si tu misión fracasa.

La cosa empeoraba por momentos. ¿Y por qué no nos arrojaban simplemente al laberinto de los orcos? Al menos sería mejor para mis nervios. No tenía ningún sentido adentrarse en los bosques de Zagraba, y mucho menos en Hrad Spein, sin un buen mago a tu lado.

–Además de los elfos, te acompañarán los diez Corazones Salvajes que escoltaron a la dama Miralissa desde el Gigante Solitario. Y el señor Alistan. Él dirigirá la operación.

Alistan me lanzó una mirada agria. Evidentemente, la idea de un largo viaje en compañía de un ladrón no lo emocionaba demasiado. Pero *la Rata* y los Corazones Salvajes formaban un pequeño y sólido contingente, capaz de repeler un destacamento entero de enemigos si teníamos la mala suerte de encontrarnos con él. Así que, ¿cuántos éramos en total? Quince.

–Bien. ¿Cuándo salimos?

–Cuanto antes mejor.

–Entonces a finales de semana –dije contando los días.

—¿Cómo? —Alistan dio un paso hacia mí—. ¡Te estás burlando de nosotros!

—¿Yo? En absoluto. —Sacudí la cabeza para dejar bien claro al caballero que no tenía la menor intención de burlarme—. Tengo que comprar algunas cosas y realizar los preparativos del viaje, que serán complicados, porque yo, al menos, querría volver con vida de Hrad Spein. Hay un mes de viaje a caballo, o puede que dos, hasta los bosques de Zagraba, y digamos otro mes, siendo muy generosos, hasta Hrad Spein. Lo mismo para volver a Avendoom. Es razonable calcular que podemos estar de regreso en noviembre o diciembre. Suponiendo que no nos metemos en líos, claro está. Majestad, necesito acceso a la Biblioteca Real. Sé leer perfectamente.

—¿Para qué? —preguntó el viejo mago, asombrado.

—No quiero entrar a ciegas en Hrad Spein, como un idiota incompetente. Hasta el Sin Nombre podría perderse allí. Necesito planos y mapas antiguos. Al menos de lo que llaman la «sección humana». Grok no está enterrado en los pisos inferiores, ¿verdad?

—No, su tumba se encuentra en el octavo piso.

Exhalé un discreto suspiro de alivio. Al fin una buena noticia. Tratar de entrar en los pisos de los ogros era, lisa y llanamente, un suicidio. Nunca habría llegado allí con vida. Algo se me habría comido por el camino. Pero podía arriesgarme a bajar hasta el octavo piso.

—Me alegro. Supongo que habrá planos antiguos en la biblioteca, ¿no?

—Sí, los hay —dijo Artsivus con un asentimiento de cabeza, antes de vacilar un instante y añadir—: Sólo que la tumba de Grok no aparece en ellos. De eso estoy seguro.

—¿Por qué no? —preguntó Miralissa con asombro, distraída por un momento de la contemplación de la frágil copa de vino que tenía en la mano.

—Puede que el piso octavo no sea el vigésimo octavo, pero no lo construyeron los hombres. Ni se construyó para ellos. Nadie sabe lo que vive allí y los peligros que puede ocultar.

—No puedo creer que los magos de la Orden no dejaran información alguna sobre la ubicación de la tumba de Grok y las trampas de Hrad Spein —dije. Empezaba a sentirme nervioso—. En alguna parte estará, ¿no?

–Sí. –El anciano asintió y se embozó más aún en la manta de lana.

–¿Y dónde?

«¿No es increíble? Primero se empeñan en que cumpla un Encargo y luego se dedican a ponerme la zancadilla ocultándome las cosas.»

–En la vieja torre de la Orden.

–¿Y dónde está la vieja torre de la Orden? –Parecía que tenía que arrancarle al viejo todas las palabras con pinzas.

–En algún lugar del barrio prohibido de la ciudad.

Fue entonces cuando sonó una fanfarria en mi cabeza para anunciarme que estaba metido en un auténtico lío de dimensiones regias.